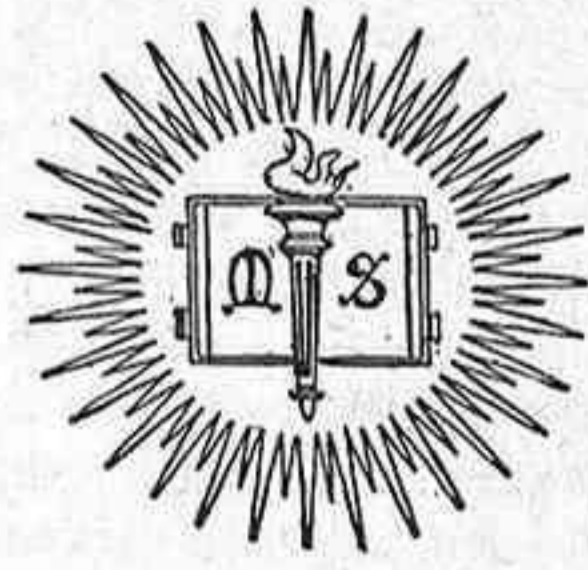


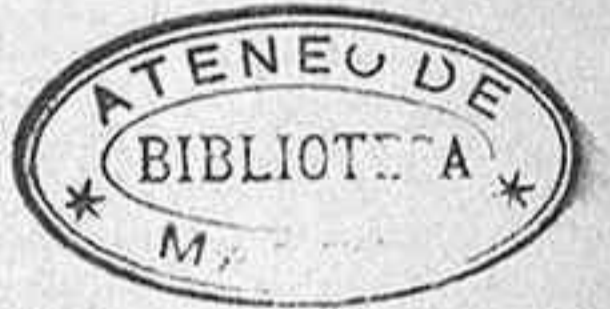
La Ilustración Artística



Año XIX

← BARCELONA 15 DE OCTUBRE DE 1900 →

Núm. 981



MEDITACIÓN, dibujo original de Ramón Alsina y Amils

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tomo cuarto de la serie de 1900, que es el segundo y último de la interesantísima novela de Lesage **GIL BLAS DE SANTILLANA**, magníficamente ilustrada por Mauricio Leloir.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Alfredo Stevens*, por R. — *Ventas y ventorrillos*, por J. Gestos y Pérez. — *Amor*, por Emilio Dugi. — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *Los dos pilletes*, novela ilustrada (continuación). — *Islas Marianas. Isla de Guam*, por A. — Libros recibidos.

Grabados. — *Meditación*, dibujo de R. Alsina y Amils. — *Alfredo Stevens.* — *La taza de té.* — *Interior de taller.* — *Después del baile.* — *Últimos días de viudez.* — *La viuda y sus hijos.* — *El Amor y el Himeneo*, cuadros de A. Stevens. — *Un ventorrillo en los alrededores de Sevilla.* — *Camino del ventorrillo*, dibujos de S. Azpiroz. — *Tropas regulares chinas en Sung-Kiang.* — *El pescador de carnada*, dibujo de F. Fernández de la Mota. — *Partida empeñada*, cuadro de R. Ribera. — *Aldano vasco*, cuadro de Stanhope Forbes. — *La parisienne*, cuadro de C. Vázquez. — *Islas Marianas. Isla de Guam*, cinco grabados. — *Otoño*, dibujo de J. Masriera.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al leer la lista de las supersticiones, los anales de lo que llaman el *fetichismo* en Cornouailles y en Bretaña, pareceme estar viendo mi tierra gallega, con sus típicas costumbres y su género de devoción y sus fiestas y romerías. ¿A qué se deberá esta semejanza de dos pueblos tan distantes y enclavados en tan diversa nacionalidad? Quizás á que, originariamente, son uno solo. Los celtas gálicos de Bretaña quedaron allí, los de Galicia descendieron, buscando el extremo límite de Europa, el cabo *Finisterre*, donde terminaba el mundo conocido. Y por eso, con la tenacidad propia de una raza que ni cambia ni olvida, los bretones practican y siguen las mismas supersticiones que los gallegos.

Esos santos extraños y casi desconocidos que inventan los bretones por detrás del Santoral, para sus devociones particulares libres, los invoca también el gallego; no son los mismos, pero son otros, igualmente oscuros, á quienes encarga la protección de su hacienda ó de su salud. Ahí está el humilde San Amaro de Oira, «hecho de palo»; ahí San Mamed, de quien no saben nada sino que le hacen una gran fiesta porque sí; ahí Santa Minia de Briones, que sospecho que no debe de encontrarse en el martirologio; ahí ese San Pedro nuevo, de una parroquia cercana á Betanzos, á quien se han obstinado en tributar culto, á pesar de las reiteradas advertencias del reverendo arzobispo de Santiago, que les ordena esperar á que la iglesia reconozca los merecimientos y la santidad de ese varón y le ponga en los altares. Y mientras los santos declarados tales caen en el olvido, San Pedro, el de Betanzos, canonizado por sufragio popular, ve reunirse treinta mil devotos al pie de la iglesia, en la parroquia donde nació; la concurrencia más formidable que se puede juntar ante un santuario, en una aldea de Galicia.

¿Cómo queréis que un pueblo infantil no pague tributo á la superstición? Es la esencia misma de su ser íntimo. No le pidamos el racional obsequio de la fe; de la fe alta y limpia, que mira al cielo. Su efusión religiosa ha de estar condicionada por la pobreza de su espíritu. Dios mira sin duda con indulgencia esa pueril devoción. Y en hombres que todavía no se han desprendido de la naturaleza primitiva, excusa y perdona el fetichismo del árbol, de la fuente, de la piedra movediza, del dolmen en que sacrificaron sus antepasados.

La única manera de desterrar las supersticiosas prácticas sería la instrucción. Con lo cual queda dicho que en España tienen asegurada larga vida. No llevamos trazas, no, de regenerarnos por el lado de la escuela y de la cátedra. Tan penosa convicción ha inspirado estos días los discursos de los profesores que han abierto las Universidades españolas. Ninguno se forja ilusiones: todos sienten á su alrededor el vacío.

La desconfianza y el recelo, el pesimismo profundo que de nosotros se ha apoderado; esta especie de desgana intelectual que se presenta aquí como el más peligroso de los fenómenos, en el orden moral, porque supone la relajación completa de la fibra, tienen síntomas tan expresivos como el deseo de suprimir Universidades, de acortar hasta la mísera ración de ciencia que se reparte á los españoles oficialmente. El tedio de la Universidad, el tedio del ejército, el tedio de la marina, el tedio de la política, formas similares del marasmo que se ha apoderado de nosotros y que nos conduce hasta las lindes del ansia suicida, vaga, pero honda. España no sólo merece, sino que anhela morir para acabar de una vez.

Y dice un profesor eminente, que estudia el caso:

«Para lo que hacen las Universidades! ¿Qué es una Universidad española? O mejor, ¿qué es lo que una Universidad española hace ostensiblemente? ¿En qué obra de empeño verdaderamente científico y social ve el *vulgo* comprometidas á nuestras Universidades? Una Universidad española es una *oficina*, un centro burocrático, un edificio más ó menos lóbrego ó suntuoso, al cual acuden con cierta regularidad unos cuantos señores, ¡canónigos del siglo! Cada uno de los cuales suele despachar cumplidamente su tarea con una hora escasa de trabajo, y una juventud bulliciosa, alegre, que pide vacaciones apenas iniciado el curso. Una Universidad es algo más que eso: es el tormento de los padres de familia en la época de los exámenes; es, por fin, un verdadero semillero de candidatos al presupuesto. De ella salen los médicos sin enfermos, los abogados sin pleitos; en suma, la mayoría del conjunto de intrigantes que forman el núcleo de los políticos deplorables, que esquilman al país desde el Juzgado municipal ó la secretaría del Ayuntamiento, hasta el Ministerio ó el Tribunal supremo de justicia.»

No suelo ser aficionada á largas citas, pero la anterior contiene un retrato tan de mano maestra, que no he podido menos de trasladarlo. Eso, es en efecto, la Universidad, y eso he comprendido que era desde mis quince años, que ya están lejos, sin que á pesar del tiempo transcurrido pudiese observar tendencias hacia la vitalidad, hacia la organización eficaz y fecunda. Al contrario: en otras épocas bien puede asegurarse que escaseaba menos que ahora la juventud entusiasta de algo, llena de algún ideal. Desde el período romántico hasta el que yo alcancé, esa juventud había ido decayendo, pero conservaba aún cierto fuego sagrado, cierto rescoldo de generosas aspiraciones. Hoy la juventud escolar es de corcho. Sólo piensa en divertirse... á su modo, vacío y frío también, y en obtener vacaciones para verse libre hasta de las dos ó tres horas de remar en la galera universitaria. Los grandes movimientos que llevan á nuestro siglo, ya expirante, hacia luminoso fin, envuelto en apoteosis de gloria, sólo obtienen, de nuestra triste juventud, la indiferencia que ignora ó la *claque* que caricaturiza. En dos ocasiones solemnes pude convencerme del estado de alma de esa juventud, fruto de las Universidades españolas: la última y la más dolorosa fué la del entierro de Emilio Castelar, cuyo féretro debieran haber seguido, ya que no entusiasmados y vibrantes como los escolares rusos portadores del de Dostoyevski, al menos respetuosos y graves. — ¡Al cabo, tratábase de un muerto! — Una de las más bellas energías juveniles es, creedlo, la veneración á los ilustres. ¡Ay de la juventud que no siente ese misterioso respeto, esa emoción que dignifica, esa devoción activa y fuerte, necesaria para los individuos y robustecedora del principio de nacionalidad! Otra fibra relajada, otra virtud que se ha ido de nosotros. Y adviértase que según decrece el culto de los héroes y de los grandes hombres en España, el nivel desciende, la talla se reduce y la generación nueva se compondrá de pares... iguales entre sí como los soldaditos de plomo.

Mas cuando el profesor citado antes nos pregunta si otros organismos pueden citarse como modelo al lado de la Universidad, me apresuro á decir que ninguno. Si cuantas veces hemos censurado á determinadas clases nos respondiesen con este argumento, nos tapanían la boca. El mal es general y los generales tan malos como los profesores, viene á decir el Sr. Posada, en el trabajo que estas reflexiones me sugiere. Mil veces verdad. La sátira se embota y el látigo se cae de las manos. Fustigar á algunos, bien; á muchos, pase todavía; á un pueblo entero..., tarea casi imposible. He aquí el problema de España. No basta amputar el brazo; habría que amputar el cuerpo.

Yo creo que el español que tenemos más cerca para regenerarla, es nuestro propio individuo. Si cada cual se educase á sí mismo, ¡qué España tan robusta veríamos surgir! El caso es que ser capaz de educarse, de corregirse, es ya casi ser perfecto. El autodidacto es siempre un individuo que rebosa energía y se siente capaz de mucho. Se hace su mundo aparte, como Robinsón. Quizás España se salvaría poblándose de Robinsones, que cada cual por su lado y á su manera se trazasen la vida. Barriendo la anticuada decoración de la España de estos últimos treinta años, los Robinsones que deseo la salpicarían de islas, creando en ellas juveniles sociedades — algo fresco y vivo. — ¿Donde está el Robinsón?

Leo en un diario que Ramón Cajal vá á montar en el Instituto de Alfonso XIII un departamento para el tratamiento de la rabia. Paréceme bien, pero creo que todavía no es segura la eficacia del método nuevo, derivado de los experimentos de Pasteur. He oído á facultativos dignos de respeto emitir dudas

acerca de ese particular; no parece enteramente seguro que la inoculación del suero antirrábico preserve de la hidrofobia ó la cure; muchos prefieren atenerse al clásico cauterio. Siempre es bueno, de todos modos, que se trabaje en ese sentido y que se trate de estar á la misma altura que otras naciones donde los laboratorios de vacuna contra las infecciones van obteniendo resultados aún no muy conocidos, pero sorprendentes. La rabia resiste al tratamiento. Se ha conseguido más contra el veneno de las serpientes, contra la peste bubónica y contra el tifus. Y quién sabe lo que se podrá todavía lograr prosiguiendo en tales estudios. A veces yendo en determinada dirección se avanza en otra, en la que menos se sospechaba. Ya es verosímil que el hombre llegue á desterrar y á dominar contagios de los muy horrendos. Europa, que se libró del hambre, se librará de la peste. ¿Cuando le toca la vez á la guerra? No hay que desconfiar: estamos en camino.

Una huelga de actualidad es la de estereros y alfombristas. Por este tiempo, todo el mundo, en Madrid, piensa en cubrir con géneros que abriguen los pies los desnudos baldosines del pavimento. Si supiesen qué malsanas son las alfombras, acaso no se diesen tanta prisa. Los gérmenes sépticos se abrigan y calientan en el para ellos alto y denso bosque de la lana de las alfombras, ó en los valles hondos de las esteras. La salubridad requeriría que sólo se usase el piso de madera, y se suprimiesen los desagradables, glaciales, sucios y pesados baldosines. La gente y los edificios vivirían más y mejor.

Los estereros y alfombristas alegan que les hacen trabajar *veinte* horas diarias. Si es cierto, razón les sobra para declararse en huelga y hasta buscar otro oficio. ¡Veinte horas! Habrá exageración. ¿Cuándo comen y duermen esos obreros? ¿De qué modo distribuyen el día?

Una de las cosas desagradables del oficio de alfombrista debe de ser el temor y disgusto con que se les recibe en los hogares, aun después de haber reclamado sus servicios. Vienen siempre á molestar, á revolverlo todo, á poner la casa patas arriba, á estropear muebles, á obligar á los servidores á labor extraordinaria. Todo lo que ocurre de malo en la quincena, se achaca á los estereros. El amo se pasea con aire aburrido, esperando que se vayan los invasores, ó coge el sombrero y se larga de mal humor, abandonando el campo al enemigo. Las señoras se desconsuelan: no se puede hacer nada en día de estero. ¡Ni aun vivir! El comedor es un Sahara polvoriento; la sala, una prendería. Y esto recae sobre los obreros, á quienes se les da la propina de mala gana. Es un oficio ingrato.

¿Cuándo se realizan los anuncios de reforma en el servicio de ferrocarriles, los bienes que esperamos del joven ministro Sr. Gasset?

¿Cuándo tendrán los coches de primera timbres de alarma?

¿Cuándo se arregla y limpia y desinfecta el material, cuya suciedad (en los primeros) subleva el estómago?

¿Cuándo se pone coto á la facultad que parecen tener las empresas de retrasar á su gusto las horas de llegada y salida?

¿Cuándo..., etc., etc., porque los etcéteras serían innumerables, y yo he tocado varias veces este punto sin obtener fruto alguno de mis incansables clamores.

Lo del retraso iba ya picando en historia; y tanto picaba en historia, que dió lugar á motines. En la estación de San Sebastián se alborotaron los viajeros. Retrasos con motivo ó siquiera con pretexto, acostumbrados estamos á perdonarlos; pero ahora ya ni ese trabajo se toman las compañías; se retrasan porque les da la gana, y cambian los itinerarios á su gusto. El español, paciente y resignado, y hasta bromista, y con tiempo sobrante, se conforma. Más pronto que en galera ya se llega, y ¡las galeras las tenemos tan cerca aún! De modo que... calma y buen tiempo, y vengan retrasos, que eso es peccata minuta. Júzguese de las proporciones que el retraso habrá adquirido, para ocasionar un motín de pacíficos viajeros.

¿Y por qué no se cobran multas? ¿Por qué esas empresas, que tienen una legislación penal propia y severísima contra el viajero, están exentas de responsabilidades cuando faltan á su deber?

Por qué, por qué, por qué, por qué me retiré... No hay vicio más funesto y tonto que este de indagar los porqués de las cosas. ¡Curiosidad sacrilega! No rasguemos el velo del santuario. Por algo será, pero nosotros no debemos inquirirlo. Sería destruir la poesía y el misterio en que se envuelven los viajes por tierra española.

EMILIA PARDO BAZÁN.

ALFREDO STEVENS

Este célebre pintor, que brilló especialmente durante el segundo Imperio, nació en Bruselas en 1828, y después de algunos estudios preparatorios en Bél-



El célebre pintor Alfredo Stevens

gica, en el taller de Navez, fué á París á trabajar bajo la dirección de Camilo Roqueplan. Allí recibió la verdadera iniciación profesional necesaria para el desarrollo de sus aptitudes naturales; allí debía conquistar con la maestría la consagración de la fama y realizar su brillante carrera. De suerte que si Bélgica se envanece con razón contándolo en el número de sus hijos, Francia, su patria adoptiva, tiene también derecho de considerarlo como suyo al artista con el cual le unen los lazos más estrechos y que por su larga permanencia en París ha llegado á ser un verdadero parisiense en toda la extensión de la palabra.



LA TAZA DE TE, cuadro de A. Stevens, perteneciente á la colección Warocque, de Bruselas

Alfredo Stevens ha sido un maestro obrero; su paleta es de una riqueza de tonos que rivaliza con la de los más grandes pintores; sus personajes, sus accesorios, sus mismas fruslerías, están sólidamente establecidos, contruidos tal como deben estar, puestos en buena luz y tratados hasta en sus menores detalles con una seriedad y un cuidado que recuerdan á los más indiscutibles antecesores de la pintura holandesa ó flamenca.

Y sin embargo, nadie mejor que Stevens pudo dedicarse á una producción elegante, pero fácil y un tanto descuidada, por cuanto sus obras eran de antemano reputadas como maestras por la sociedad más elegante, más fina y más encantadora de toda Europa, por las más encopetadas damas de la corte de Napoleón III. Una firme voluntad preservó á Stevens de caer en ese escollo; y en medio de todas las embriagueces del éxito, continuó desconfiando de sí mismo y siguió siendo el servidor del ideal que se había propuesto.

No hay quizás uno, entre todos los cuadros de Stevens, en que no se vea esa virtuosidad: los fondos de los lienzos están preparados, con experta mano;

son luminosos y sólidos, y armonizándose con las figuras principales ó secundarias, las envuelven y avaloran.

Los tonos que en sus mejores composiciones se admiran bastarían por sí solos para demostrar que ha sido un espíritu creador, porque aquellos matices y aquellos colores no salen tales como son de los tubos, sino que han debido ser descubiertos, inventados por el que los emplea. Y no solamente ha sido Stevens inventor como colorista buscando tonos nuevos ó nuevas relaciones entre los tonos, sino que además ha visto con visión enteramente personal la suavidad y nitidez de una mesa ó de un bufete que se destacan sobre un tapiz, de un chal que cae sobre unos hombros desnudos, de una falda que hace juego con un cuerpo obscuro ó claro. ¡Qué variedad comunican también á sus cuadros, ora la luz directa, ora la iluminación á contraluz ó la penumbra de una claridad indecisa! Todas estas observaciones demuestran que Stevens ha sido un visionario con sensibilidad visual distinta de la de sus predecesores.

Ha tenido como nadie la mirada de pintor: su emoción delante de los rostros, de las telas y de los objetos familiares es una emoción pictórica; siente la naturaleza de una manera distinta que los demás, y en su espíritu todo se resuelve en matices, tonos y colores.

Ha sido un flamenco y un parisiense á la vez; un hombre de rostro encendido, elevada estatura, vigoroso y dotado de gran bondad. Dícese que en su juventud le gustaron los barrios populares, las disputas y la alegría ruidosa; más adelante, fué asiduo concurrente á la terraza de Tortoní, compañero de Aureliano Scholl y de Arsenio Houssaye. Como sucede con todos los gigantes, agradábanle lo bonito y lo delicado. Es un alma sencilla nunca turbada por un exceso de análisis ó de reflexión; ama el trabajo por el trabajo mismo, por la satisfacción que produce; componía sin fatiga sus retratos y sus paisajes y se esforzaba por una aplicación constante y por una técnica lentamente mejorada en desenvolver todas sus cualidades. Su obra es la prueba más elocuente de su salud moral.

Cuando de Bruselas fué á París, era demasiado joven para conocer su vocación, y no se descubrió á sí mismo hasta después de muchos tanteos y vacilaciones. Insensiblemente le sedujo la parisiense, conquistándole y amoldándole, si no á su imagen, por lo menos á su gusto.

Stevens ha sido y será siempre el pintor de la mujer del segundo Imperio, habiendo trazado de aquella criatura efímera imágenes muy variadas, presentándola unas veces en el esplendor de su vestido de baile, otras en la sencillez de su traje de calle ó en la intimidad de su traje de casa. Gracias á los pinceles de Stevens, la gran dama de hace cuarenta años reina todavía sobre sus admiradores, y por la magia del recuerdo, por la dulzura melancólica del pasado, todavía nos interesan aquellas modas envejecidas, aquellas ropas hoy ajadas, aquellas faldas llenas de volantes y aquellos sombreros atados con grandes cintas.

No busquemos, sin embargo, en las pinturas de Stevens la intensidad de expresión en el dolor ni en la alegría; aquellas figuras no significan ni una gran pena ni una exuberancia comunicativa; se funden en el cuadro, precisan el asunto y contribuyen á la belleza del conjunto, pero no revelan un poeta ni un pensador. Alfredo Stevens es, ante todo, un pintor; entiende que su arte no ha de rivalizar con los psicólogos ni con los confesores de almas femeninas, coloca su modelo en buena luz y lo pinta tal como lo ve. Su concepción del arte no tiene nada de común con los Rosetti, Holbein ó Leonardo, cada una de cuyas fisonomías implica un pensamiento largamente meditado, sino que se acerca á la de los maestros flamencos, habiendo sido justamente comparado con Terburg y Van der Meer.

Stevens ha expresado sobre todo del eterno femenino lo que Taine denominaba el lindo animalito. Está tan lejos del refinado sensualismo de un poeta como Cátulo Mendes, como del vigor feroz y sombrío de Feliciano Rops: lo que éste había visto en la parisiense era la mujer perdida dominadora del mundo; todo el vicio, toda la lujuria que pueden reflejarse

en el rostro humano, Rops lo había puesto en sus aguas fuertes. Stevens, por el contrario, nos pinta la historieta, la anécdota amorosa, el placer rápido y la tristeza pronto disipada. ¡Cuántas esquelas galantes circulan, se borran y reaparecen en las pinturas de Stevens! En todas ellas no hay una sombra de perversidad. No se diga, pues, que Stevens nos ha dado un estudio completo de la parisiense, ya que no ha expresado su imperio carnal, ni su poder fascinador, ni su apasionada ternura, ni su neurosis, ni su vicio;



INTERIOR DE TALLER, cuadro de A. Stevens, que se conserva en el Museo Real de Bruselas

no nos la ha presentado en su hermosa desnudez de enamorada, ni en su gracia felina de astuta combatiente. En sus obras la expresión de los sentimientos cede al traje y al cuadro, mas no por esto puede ser comparado, dentro del arte pictórico, con el novelista Octavio Feuillet, porque su visión, aun siendo poco penetrante, fué directa, al paso que Feuillet vió toda la sociedad al través de un velo que le ocultaba enteramente toda la realidad.

Dotado de excepcionales aptitudes que se manifiestan en su vasta y hermosa obra, hubiera podido, si hubiese querido, añadir á todas estas aptitudes la emoción y la fuerza de expresión en la fisonomía, porque en los ojos de la parisiense hay el infinito, como en el horizonte, y puede encontrarse el ritmo del mar en el paso femenino. Con una aldeana encorvada sobre la tierra ó con unos cuantos árboles al bor-



DESPUÉS DEL BAILE, cuadro de A. Stevens, que se conserva en el Museo Real de Amberes



ÚLTIMOS DÍAS DE VIUDEZ, cuadro de A. Stevens, perteneciente á la colección Warocque, de Bruselas

de de un río supieron producir la sensación de lo infinito Millet y Corot, y Antonello da Messina, en el retrato del *Condottiero* que se conserva en el Louvre, ha caracterizado toda una época de energía brutal y de violencias.

Lo que en parte explica esa poca intensidad en la expresión de los sentimientos es tal vez la preocupación de Stevens de no reproducir con su pincel más que lo que ha visto con sus ojos: realista desde su origen, dedicóse á las verdades externas más que á las realidades de la vida intelectual. En sus primeros cuadros obsérvase una sensibilidad moral rudimentaria; pero esas obras casi negras y sin el menor asomo de elegancia tienen para nosotros el interés



LA VIUDA Y SUS HIJOS, cuadro de A. Stevens, que se conserva en el Museo Real de Bruselas

de permitimos descubrir el punto de partida del que después fué el mágico colorista de *Una taza de té*.

En estos últimos años Stevens ha realizado una nueva evolución: le ha sucedido lo que á las personas de edad avanzada, que no ven menos bien, pero que ven más grandes las cosas. Como si su retina se hubiera dilatado, la visión es más amplia y menos precisa; el dibujo va siendo poco á poco menos minucioso, y en los últimos retratos del maestro, si bien se admiran la gracia y la elegancia, por encima de ellas hay una especie de modernismo del que sale perjudicado lo acabado de la factura. Algunas marinas, sin embargo, y algunos estudios de paisajes meridionales son dignos de su gloria.

Hace poco organizóse en París una exposición de las obras de Stevens que se celebró en la Escuela de Bellas Artes: la impresión que producía una visita á la misma componíase de muy diversos elementos. En los cuadros sombríos de su primera manera presentábase ya el gusto de la pintura acabada; así, por ejemplo, en *Mendicidad* se ve un aparador de joyería cu-

yos objetos están perfectamente ejecutados, y lo mismo sucede con el capacho de la pobre y los lápices, cuadernos y papeles que lleva en la mano. Desde aquel momento, un crítico perspicaz habría podido adivinar la preponderancia que en el arte de Stevens adquiriría aquella preocupación del detalle minucioso.

Delante de la colección de retratos de mujer que Stevens pintó en la madurez de su edad y de su talento, el placer de los ojos era completo: ante tal virtuosidad, tanta conciencia y tal estilo de ejecución, el espectador se recogía y admiraba, pero no podía menos de reconocer á la larga que si fué encantador y brillante, también fué Stevens algo superficial.

Cuando frecuentaba la terraza de Tortoni, gustábale concretar en pocas palabras para sus amigos y camaradas sus opiniones sobre la pintura, y en el libro *Frases de un pintor* se encuentran la mayoría de estos aforismos. Algunos son un tanto pueriles y habían sido enunciados antes, como por ejemplo: «La magnitud de una obra no se mide por sus dimensiones,» ó «Un cuadro, como una mujer bonita, necesita arreglarse;» pero al lado de estos pensamientos hay otros que nos descubren mejor la personalidad de Stevens, como por ejemplo: «La poesía en arte, sólo existe en el límite de la realización.»

En arte, como en literatura, ha habido una escuela romántica: Stevens, al principio de su carrera, pareció afiliado á ella cuando el romanticismo ya había pasado; sus asuntos se inspiraban en un sentimentalismo melodramático y traducían en

alegorías fáciles verdaderos lugares comunes filosóficos. Ciertamente á este género aportaba innegables cualidades de composición, de dibujo y de color; pero la crítica, sin dejar de alabar aquella virtuosidad, lamentó que se aplicara á la reproducción de fórmulas anticuadas. La crítica, que pretende sobre todo emitir juicios, presta también algunas veces servicios reales y positivos. Quizás aquella censura contribuyó á la emancipación del artista y á su orientación hacia el camino que definitivamente había de seguir; de todos modos, lo cierto es que antes de cumplir los treinta años emprendió resueltamente aquel nuevo rumbo, en el cual había de realizar tan rápidos progresos.

Como sus grandes precursores, los maestros flamencos, fué un productor infatigable, pintando sin esfuerzo, por un impulso natural desarrollado por la aplicación. Entre los setecientos u ochocientos lienzos que dispersó por el mundo, ¡cuántas obras de primer orden podrían citarse!

Su arte, aun dentro del concepto de lo bonito, se mantiene vigoroso y sano. Y como cada época tiene su manera de amar y todo gran pintor encierra necesariamente dentro de sí una parte de verdad general y definitiva, quizás en su obra ha fijado Stevens la sensibilidad particular de las damas del segundo Imperio.

En la actualidad Alfredo Stevens, colmado de recompensas oficiales y comendador de la Legión de Honor, cuenta setenta y tres años y se encuentra vencido por la edad, ó mejor, por un cruel accidente. La fortuna inconstante, después de haberle sonreído, no le ha dejado en recuerdo de sus antiguos favores más que el privilegio halagüeño, pero platónico, de ver bautizada con su nombre una calle de París abierta en los terrenos en donde poseyó en otro tiempo un hotel rodeado de jardines que eran el encanto y la envidia de todo el mundo.

Sus amigos, deseosos de aliviar su triste suerte, sustrayéndole á penosas preocupaciones y reconfortándole con los rayos reavivados de su propia gloria, resolvieron hace poco celebrar su jubileo artístico, y á este efecto organizaron la exposición á que antes nos hemos referido y á la que prestaron su valioso concurso infinidad de museos y particulares enviando á ella los lienzos del celebrado pintor que unos y otros conservan como preciadas joyas.

Hablando de aquella exposición, decía un notable crítico francés: «Los que la visiten se sentirán subyugados por páginas exquisitas trazadas por mano maestra y vibrantes por la cálida armonía de los tonos, y podrán estudiar con interés curiosos documentos que contribuyen á la reconstitución de una época. Algunos, sin duda, aventurarán una ligera sonrisa delante de aquellos modernismos de otros tiempos, de aquellas elegancias caducas. Tal es, en efecto, el

destino fatal del modernismo (y cada época tiene el suyo), ser objeto de menosprecio á los ojos de las generaciones demasiado próximas á la plenitud de su florecencia. Pero en arte, semejante juicio subordinado á las caprichosas evoluciones de la moda en el traje, en los adornos y en las costumbres, carece de toda autoridad; si alguna tuviese, ¡cuántos antiguos maestros hoy universalmente admirados resultarían condenados por ella! Sólo una posteridad más lejana, y por ende más imparcial, es la única competente para dictar un fallo equitativo: á esa posteridad tocará señalar el rango que merezca ocupar la obra de Stevens.»

Otro crítico, analizando uno de los aspectos de la obra de este artista, ha escrito lo siguiente, á propósito de dicha exposición: «Los cuadros de Stevens serán un documento para la historia del traje. ¡Cuán



EL AMOR Y EL HIMENEO, cuadro de A. Stevens, que se conserva en las Casas Consistoriales de Bruselas

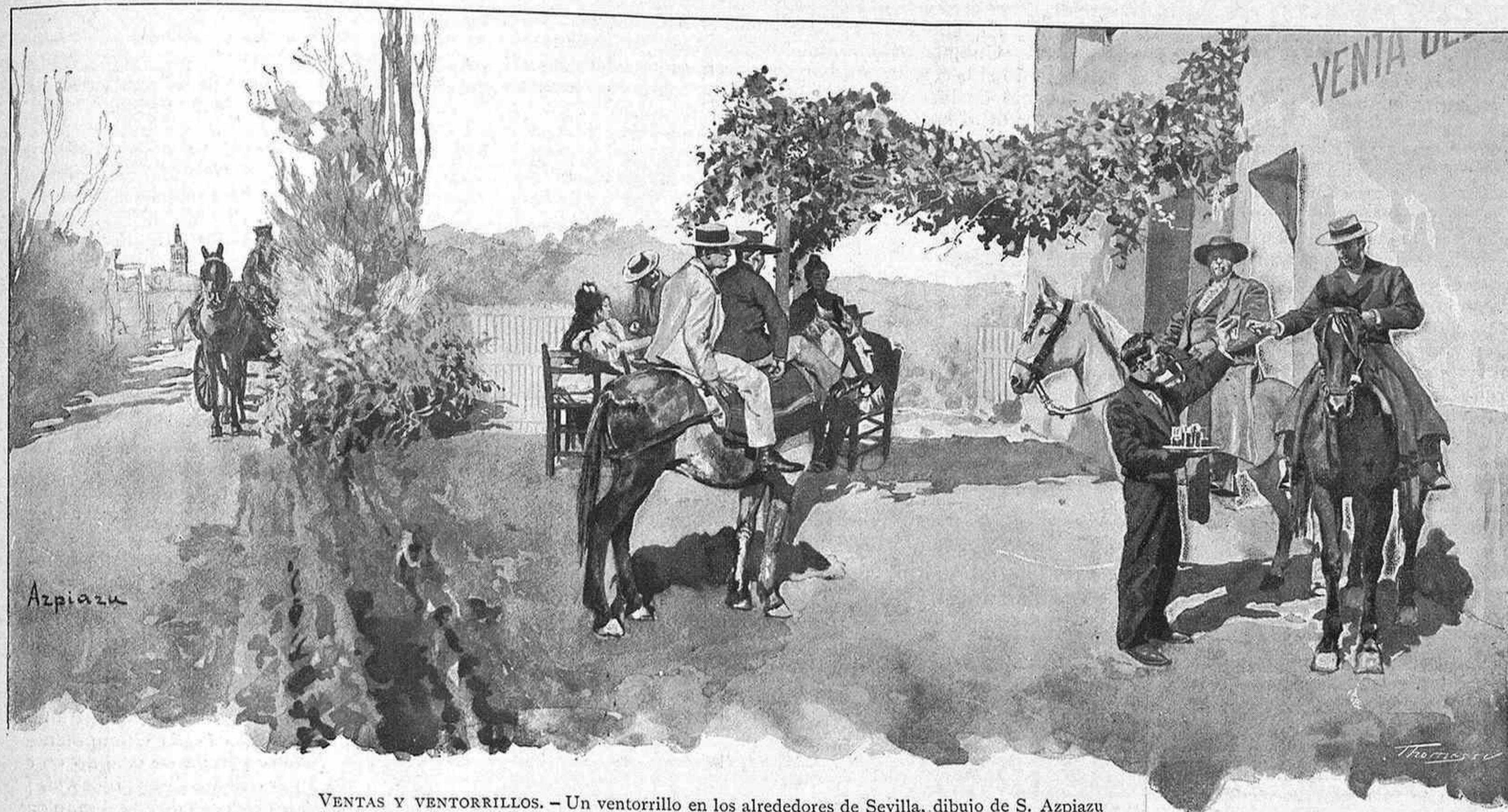
bello nos parece ese amplio vestido amarillo que admiramos en el famoso lienzo *Después del baile!* El pintor ha sabido fijar los reflejos de la temblorosa seda y ahuecar la falda, inmensa y ligera como un velo de gasa hinchado por un soplo de aire. El rostro y los cabellos se atenúan en la penumbra; la pantalla rosa de la lámpara ilumina discretamente la estancia. Aquella figura es realmente la reina del baile de regreso en su hogar... ¿Y no son también detalles de la historia del traje aquel vestido de crinolina, de un color azul gris á lo Stevens, como aquel sombrero, que se reflejan en la esfera de metal puesta en el centro de un jardín, y aquella falda blanca y negra con volantes de la mujer que se calienta las puntas de los pies, mientras una pantalla encarnada, bordada en oro, preserva el resto de su cuerpo de aquel fuego demasiado vivo?

«A todos los retratos expuestos puede aplicarse esta observación general. Nadie ha sido tan entusiasta como Stevens de la belleza un tanto amanerada de las cintas y de las fruslerías. Este artista nos restituye la imagen, ya anticuada, de las modas de otro tiempo, y nos obliga á reconocer que todas las modas femeninas son bonitas cuando las llevan lindas mujeres. Aquellas faldas huecas y aquellos miriñaques contribuían á la belleza de las elegantes de entonces, y aquella época del segundo Imperio recobra, gracias á exposiciones como esta, su verdadera fisonomía.

«Fué aquella una época deliciosa en la que dominaron todos los defectos bellos: el gusto por el lujo, la prodigalidad, la necesidad de aventuras, el amor á la gloria y el deseo de gustar.

«En la vida de aquellas damas hubo sin duda historias dolorosas ó trágicas; pero Stevens no ha querido expresar, al ponerlas en sus lienzos, más que el placer de vivir.»

En suma, aquella exposición ha consagrado una gloria legítima. Alfredo Stevens deja obras que desafiarán al tiempo, y si algunos críticos le han dirigido alguna pequeña censura, débese esto á que su talento impone por necesidad una comparación con los pintores de genio, y de esta comparación, como de todas, han de resultar censuras y alabanzas. — R.



VENTAS Y VENTORRILLOS. — Un ventorrillo en los alrededores de Sevilla, dibujo de S. Azpiazu

VENTAS Y VENTORRILLOS

En aquellos no lejanos días en que los españoles que se veían obligados á hacer un viaje á la corte, después de ponerse bien con Dios, de hacer testamento y dejar arreglados todos sus asuntos, se empaquetaban en la galera acelerada, y custodiados por varias parejas de escopeteros, luego de santiguarse devotamente, emprendían la marcha por caminos y carreteras á los cuales no había tocado la mano del hombre desde que los romanos las construyeron; en aquellos tiempos, repito, en que se tardaban de ocho á diez días por la cuenta más corta en ir desde Cádiz á Madrid, bien hiciesen el viaje en algún carromato ó sobre los lomos de un mulo, hacíase forzoso que en los puntos de descanso ó en los destinados al cambio de caballerías hubiese albergue donde dar posada á los arrieros y viajantes, y donde contasen éstos siquiera con algún lecho, que aun cuando fuese tan *apocado* y fementido como el de Don Quijote, permitiese á los asendereados cuerpos tomar la posición horizontal, de que se veían privados cuando iban de marcha.

Nuestros novelistas del siglo de oro, que á la fuerza se vieron condenados á rodar por ventas y ventorrillos y que tuvieron ocasión de tratar y conocer de cerca á los más famosos venteros, nos han transmitido copias fidelísimas de los cuadros que vieron al vivo representados en aquellas destartadas y ruines hospederías, en las cuales no era cosa rara que el fatigado caminante que llegaba á sus puertas, muerto de hambre, oyese de la boca del huésped un tristísimo *lasciate ogni speranza* de encontrar refacción conveniente para el restablecimiento de sus fuerzas.

Pero no son estos los ventorrillos y ventas de que me propongo tratar ligeramente: fuera en mí presunción incalificable, después de lo mucho bueno que acerca de ellos dijeron los antiguos, ocuparme en describirlos, por lo cual me limitaré á hablar de los que he conocido, antes de que los ferrocarriles cruzasen nuestras campiñas, escalasen las más abruptas sierras y flanqueasen las laderas de nuestros valles. La facilidad de las comunicaciones ha concluído con aquellos hospedajes, muchos de los cuales aún subsisten en ruinas, sirviendo de albergue por las noches á las cabras y á los cerdos. Así permanecerán hasta que en plazo no lejano se conviertan en montón informe de escombros, y totalmente desaparezcan de este suelo, del mismo modo que se han perdido otras muchas características costumbres de las cuales sólo queda la memoria. Entonces las nuevas generaciones pasarán velocísimas, é impulsadas tal vez por la electricidad, por delante de las miserables ruinas, sin sospechar siquiera que ellas fueron teatro de sucesos trágicos, de sangrientas luchas, de alegres reuniones y de dramáticas aventuras, en las cuales ora intervenía el amor, ora las juveniles alegrías, ora, por último, el sórdido interés, las luchas de las pasiones,

buenas ó malas, de las que fué siempre juguete la pobre humanidad.

Del excesivo concurso de personas de todas clases, edades y sexos en las ventas y ventorrillos, tenían que producirse escenas interesantísimas; y arrieros y soldados, y mayores y caleseros, eclesiásticos y rufianes, mozas del partido y respetables damas, y pilluelos y miqueletes que en ellos se albergaban, formarían á no dudarlo un animadísimo conjunto, muy interesante para los artistas, pero seguramente muy molesto para los caminantes y viajeros que por fuerza tenían que acomodarse en aquellos asquerosos y hediondos cuartos y camaranchones, ó pasar la noche al raso, cuando la venta hallábase atestada de huéspedes.

Fueron en este siglo las ventas y ventorrillos á modo de cuartel general, de centro de operaciones, de los famosos bandidos que entonces infestaban las más ricas comarcas de la península. De acuerdo los capitanes de forajidos con los venteros, sabían de antemano y perfectamente los caminos por donde habían de pasar los viajeros de calidad ó los miqueletes que escoltaban los carros de caudales de la Real Hacienda; y así, apostados convenientemente en los sitios más estratégicos, caía la banda de ladrones súbitamente sobre la escolta, y desbaratándola con mayor ó menor lucha, apoderábase de los tesoros públicos ó de los intereses particulares. Y esto tenía que ocurrir diariamente, pues por fuerza las gentes veíanse obligadas á trasladarse de un punto á otro con el alma en un hilo, por el temor de caer en manos de los Siete Niños de Ecija, de José María, del Pájaro Verde, de Diego Corrientes y del famoso fraile Gama, cuyas crueldades corrían parejas con su osadía, entrándose con sus gentes en los lugares poblados y pernando en las ventas, para en ellas *planear*, de acuerdo con el ventero, la manera más eficaz y segura de dar un golpe de mano.

Eran también las ventas albergue de los más audaces contrabandistas. En sus pajares y sótanos se ocultaban los géneros, conducidos á lomo por ágiles caballos, y en ellas distribuíanse las sumas defraudadas á la Hacienda, en las barbas mismas de los mozos del resguardo. Natural era que la gente desalmada encontrase apoyo en los venteros, porque éstos generalmente habían comenzado su vida en aquel peligroso ejercicio, y porque si no les hubiesen prestado su decidida protección, bien pronto los habrían quitado de en medio. Una vez obligados á ser cómplices y encubridores, tenían mal de su grado que seguir siéndolo, valiéndose de todas las astucias posibles para despistar á las justicias, y empleando toda la sagacidad de los más redomados pícaros para pasar por hombres honrados, siendo criminales de cuerpo entero.

Al cambiar radicalmente nuestras costumbres, desaparecieron las ventas y ventorrillos de antaño, y sólo restan con dicho nombre en las poblaciones andalu-

zas unas tabernas ó *colmados* en los cuales se *corren las juergas* más monumentales por la gente alegre y por los señoritos de rumbo, pues en ellas se consumen los mejores vinos de Jérez y de Sanlúcar, los mejores mariscos y pescados, y los más suculentos guisos de menudo ó de apetitosos caracoles, que con su salsa picante se llevan tras de sí los gargueros más resistentes.

Estas ventas, en las cuales no se da hospedaje, como en las antiguas, hállanse situadas en el campo é inmediatas á las ciudades; y por lo que á Sevilla respecta, no es posible hablar de ellas tin mencionados que han alcanzado notoria celebridad dentro y fuera del reino. ¿Quién no ha oído hablar de las ventas de *los Gatos* y de *la de Eritaña*? La primera, inmortalizada por Bécquer, permanece en pie, si bien ya muy variado su aspecto, en el camino que conduce al cementerio, *por donde siempre vuelven menos de los que van*. En aquel pintoresco paraje, entre las arboledas de las huertas de la Macarena, resalta la casita blanca como el armiño, delante de cuya puerta y bajo rústico emparrado se ven las mesillas de pino con sus taburetes anchos y robustos que esperan á los alegres *mamanilleros*, los cuales desde por la tarde acuden, cual devotos peregrinos, á refrescar las fauces y entonar los estómagos con sendos tragos del dorado líquido, servido en relucientes bateas de blanca hojalata ó de metal amarillo, más brillante que el oro.

Las parejas amorosas, que van ó vuelven de paseo, hacen estación en los ventorrillos, y no faltan damas y galanes al uso que por la noche, muy recatadamente, escogen estos apartados sitios como punto de cita, ocultándose de las miradas indiscretas entre las sombras de las espesas arboledas que rodean la casa.

Pero si queremos ver las ventas y ventorrillos de la Macarena rebosando alegría, henchidos de gente moza que retozona y alegre ocupa su portal, patio, habitaciones y hasta la azotea, iremos entonces cualquier domingo de los del mes de noviembre... El mes dedicado á la memoria de los muertos es el que escogen los vivos para divertirse, en el que tienen lugar las mayores fiestas, las *juergas* más estrepitosas. Por delante de los ventorrillos y de sus bulliciosos corros pasa incesante muchedumbre de gentes de todas clases y edades que van al campo santo; unas, las más, por curiosidad; otras, las menos, para visitar las tumbas de sus personas queridas, y así se da frecuentemente el caso de que mientras una alegre muchacha *se baila*, taconeando sobre una mesa, entre el rasguear de la guitarra, con su acompañamiento de palmas y de castañuelas, encuéntranse sus ojos con los de una enlutada madre que conduce pobre corona de flores para depositarla en la tumba de su hijo...

En cuanto á la *venta de Eritaña*, famosa por más de un concepto, no es ciertamente el sucio y abandonado ventorro de hace treinta años. Su caserío límpido hallase rodeado de hermosos y bien dis-

puestos jardines plantados de naranjos y de rosales, que forman el fondo de las casitas rústicas, de los cenadores y quioscos, entre los cuales resaltan los que figuran la *Torre del Oro* y el *Puente de Triana*, con sus muros tapizados por las enredaderas y los jazmines.

No hay forastero, de los que vienen en primavera, á quien no se le dé á conocer este sitio sin rival; y de muchos sé que aprendieron tan bien el camino de la venta, que más frecuentaron aquí sus visitas que á la catedral, al Alcázar ó á nuestros históricos monumentos; pues no sólo deléitase el espíritu, sino que los ojos se recrean contemplando los animadísimo grupos diseminados por los jardines, en una de esas noches espléndidas en las cuales la luna ilumina los rostros de las mujeres de aterciopelada tez y de brillantes ojos negros, que envueltas airosamente en sus pañolones de seda de Manila, bailan vertiginosamente, retorciendo sus caderas, elevando sus brazos y sonriendo provocativamente en medio de los atornadores ¡ole!, ¡ole! que arrancan de la entusiasmada concurrencia.

Las plumas del *Solitario* ó de *Figaro*, del duque de Rivas ó de Gustavo Bécquer podrían trasladar al papel las impresiones que despiertan en la mente cuadros tan encantadores como son los que se ofrecen á nuestra vista en la famosa venta. Por mi parte tengo que contentarme con lo dicho, en la imposibilidad de que pluma tan desmanada como la mía pueda acometer la obra de describir una fiesta *por todo lo alto* en ese poético y delicioso rincón sevillano que se llama la *Venta de Eritaña*.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

AMOR

Y entonces comprendí por qué se llora,
Y entonces comprendí por qué se mata.

BÉCQUER.

Cuando en la taberna de *Paixarell*, donde á la vuelta del trabajo se reunían los mozos del pueblo para tomar unas rondas, le dieron la noticia á *Nelo*, se quedó anonadado. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo, imponerse á la materia con voluntad de gigante para que no se le cayera de la mano el vaso lleno del *resolí* de la muerte.

Un amigo fué el encargado de hacer pública la noticia. Llegó á la taberna, ansioso, anhelante, y al divisar á *Nelo* comenzó con un insidioso «¡Ché, no saps!...», para luego, minuciosamente, dar muestras de la bondad de sus informes.

Pues sí, se casaba *Roseta*. Aquella misma tarde había quedado concertada la boda.

El novio, el *fill de la Rocha*, no era, en un principio, muy de su agrado; pero ya esos ascos desaparecieron con sanos y prudentes consejos. Los de sus tíos sobre todo.

Con *Nelo* no se había de casar. Era una locura que no merecía ni el trabajo de pensarse. No era mal muchacho, trabajador, honradote, formal, parecía estar enamorado de la chica; pero con estas cosas no se come. Y *Roseta*, y sobre todo los *Canonches*, sus tíos, necesitaban algo más que comer.

Los *Canonches* habían sido los primeros de la huerta, su alquería una de las mejores fincas de la *contorná*, y el *estudi*, amueblado como las casas *dels señors* en Valencia, era la envidia de todos los vecinos y el sueño dorado de los novios que pensaban en hacer su nido.

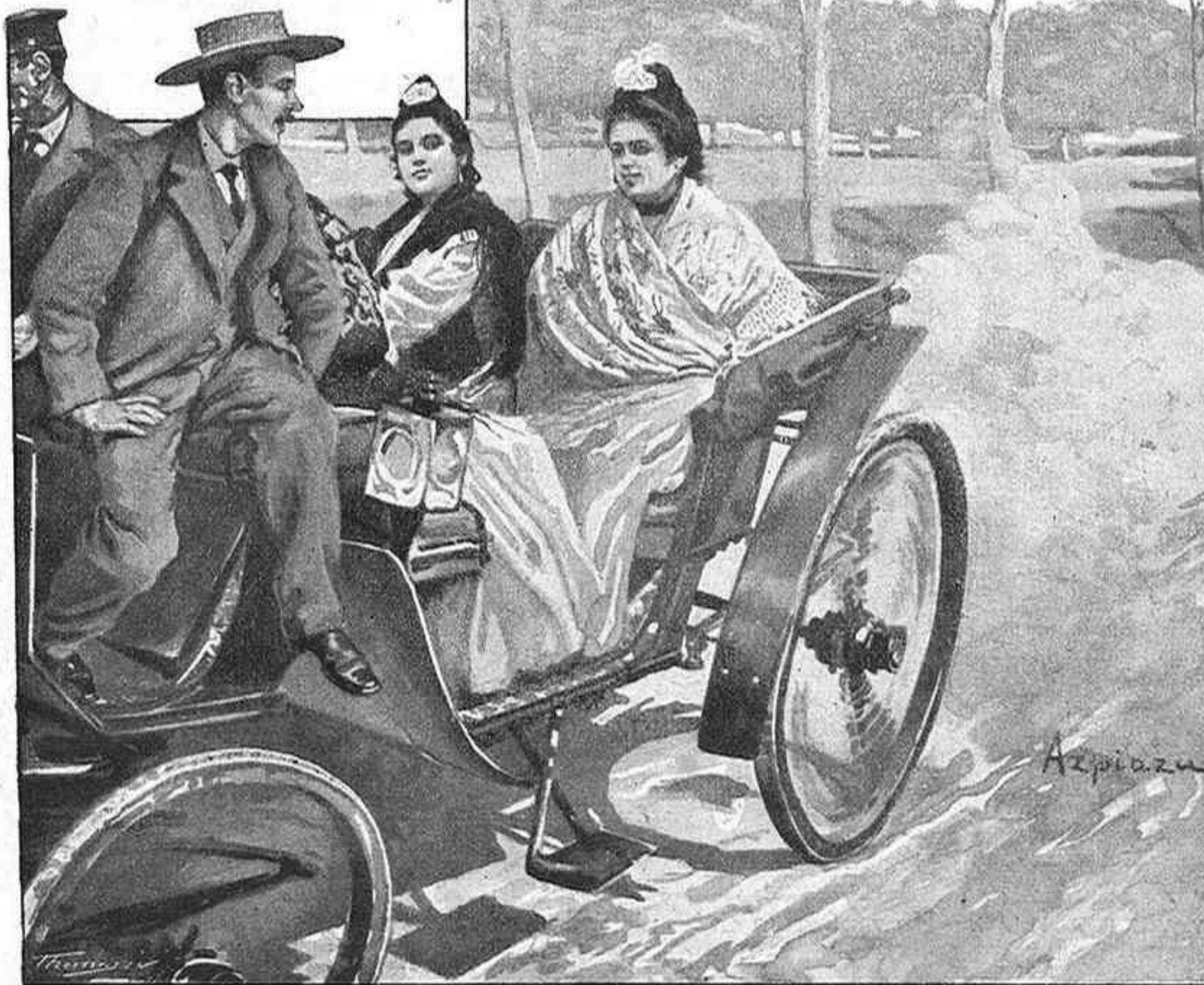
Cuando llegaban las celebradas ferias de julio en la capital y con ellas las corridas de toros de *San Jaume*, los *Canonches* eran indispensables en la contrabarrera del hermoso circo, llevando en la faja, que sujetaba la blanquísima camisa y el *chopelí* de terciopelo con botones de plata, el bolsillo de pasadores bien repleto de relucientes monedas, para convidar á sus amigos y conocidos, pasando de mano en mano la bota, hinchada por el vino duro y un poco áspero de la huerta.

Aquellos tiempos habían pasado para no volver.

El *Canonche* mayor, el padre de *Roseta*, quiso meterse en política; necesitaba también dar este nuevo empleo á su actividad, y en poco tiempo fué el cacique de todo el partido judicial; pero vinieron unas elecciones, el *Canonche* tenía su candidato, y hubo que luchar á la desesperada para conseguirle algunos votos enfrente del candidato ministerial, á favor del

cual echaron en el gobierno civil todos los del censo. Aquella derrota fué la muerte del *Canonche*.

Una noche, en la taberna de *Paixarell*, discutiendo si la conducta de un tertulio, muñidor del gobierno en las elecciones, había sido una *porcá*, se liaron de palabras y hubo bofetadas y algunas sillas fueron por el aire.



VENTAS Y VENTORRILLOS. — Camino del ventorrillo, dibujo de S. Azpiázu

La cosa quedó así, por de pronto; pero al disolverse la reunión y al poco tiempo de salir de la taberna, el agente electoral fué muerto de un tiro al atravesar la acequia.

La justicia puso mano en el asunto; prendieron al *Canonche* y se llenaron muchos folios para averiguar si había sido el autor de la muerte del agente. No se puso nada en claro; pero golillas y leguleyos clavaron las aceradas uñas en el saneado capital de los *Canonches*, y cuando después de dos años salió el mayor á la calle, apenas si podía llamarse dueño de la alquería, hipotecada, y de un pedazo de huerta no más grande que un pañuelo.

Los disgustos, los desengaños, el dolor ocasionado por la pérdida de la influencia y del poder, aceleraron la muerte del padre de *Roseta*. En los *Canonches* aquella pérdida dejó un sedimento amargo, una coacción de rehabilitarse que había que satisfacer. No eran ellos hombres que abandonaran un camino emprendido, ni que cedieran ante el obstáculo. Era preciso dorar los cuarteles del noble escudo de los *Canonches*, y preciso á toda costa.

Roseta, casada con el hijo de la *Rocha*, podía ser una solución, y á ella se acogieron los dos *Canonches* supervivientes, acariciándola desde que brotara en la mente del más pequeño de los hermanos, enamorado de las soluciones diplomáticas.

Todo esto lo sabía *Nelo*, lo sabía toda la huerta, y era un motivo más para que diera como auténticos aquellos informes que *Sento*, *el del racó*, traía.

Se ahogaba. Se echó fuera de la taberna, tambaleándose, con los ojos espantados, con las manos caídas, con la boca abierta, buscando aire que hinchara su pecho, aliviándole de aquella inmensa pesadumbre.

Era noche cerrada.

Por la carretera polvorienta, alumbrada por la claridad melancólica de las estrellas, volvían los animales de labor, arrastrando el arado que levantaba nubes de polvo y rasgaba con nervioso chirriar el firme del camino.

Algún carro de pesadas ruedas, crujiendo las apretadas galgas, se balanceaba al tardo paso de la reata, iluminada por los mortecinos fulgores del farolillo colgado del toldo.

Sobre los sacos de trigo, los pellejos de aceite ó las cubas de mosto dormía el carretero, de bruces, con la cabeza entre los brazos y las piernas colganderas, oscilantes á compás del vehículo.

Por los lados del camino, en hilera, como hormigas en busca del otero, venían las mozas de la huerta ocupadas durante el día en las fábricas de la capital. Colgada del brazo izquierdo la cestilla de las provisiones, marcando el derecho, extendido, el compás del paso menudito y airoso, iban pasando las muchachas, que al cruzarse con *Nelo* le saludaban con un afectuoso ¡*Bona nit!*!

Nelo no contestaba.

Seguía por la carretera adelante, dando vueltas en su cabeza al pensamiento agitado, embravecido, como un Océano en tormenta.

Toda su vida de trabajo, de privaciones, de lucha, la veía pasar ahora detallándose en todos los instantes. Fué su norte aquella mujer, que conoció de niño y amó de hombre con fanatismo salvaje. Por ella le fué siempre grata la empresa del vivir, entregándose á la tierra en sacrificio callado y constante, siempre dispuesto y animoso.

¡Qué cambio!

Recordaba las noches pasadas junto á la barraca de los *Canonches*, apoyado en los travesaños de madera de la ventana de *Roseta*, ara donde Amor recibía feryiente y ardoroso culto.

Para aquella divinidad, tirana del mundo, era aquel escenario adecuado; y mientras la Naturaleza, callada, dormía en aquel rincón de la huerta, se hacían juramentos, aún no dichos cuando ya renovados, y se tomaba á las estrellas, á las plantas, á las flores, al mundo todo, por testigos de que sólo podría existir la felicidad fundiéndose en una aquellas dos almas, encarnadas en dos cuerpos distintos por un alarde del Poder Omnipotente.

Nelo se paraba de cuando en cuando, y por delante de sus ojos veía pasar todas las escenas de aquel gran cuadro de su desventura.

Creía estar soñando y se restregaba los ojos violentamente para desechar la pesadilla. Reemplazaba el camino é

iba analizando, una por una, todas las escenas de sus amores con *Roseta*, desde que niños comenzaron á buscarse con fraternal afecto, hasta que se comprendieron y amaron, jurándose ser el uno del otro.

Los *Canonches* siempre se opusieron á aquellos amores; pero era una oposición benévola, con temporales concesiones, que, de cuando en cuando, hacían desaparecer los cálculos para lo futuro del *Canonche* diplomático. En los últimos tiempos arreció la oposición, desde que éste vió en el matrimonio de su sobrina con el hijo de la *Rocha* una solución satisfactoria para sus ambiciones y proyectos. Y entonces hubo que aminorar las entrevistas y suprimir los tiernos coloquios en la ventana; pero fué aquello acicate á la pasión de la muchacha, y á escondidas, aderezados con la salsa de lo prohibido, obtuvo *Nelo* nuevos juramentos y promesas.

El golpe era así más rudo.

No hacía muchas horas que había oído de labios de *Roseta* nuevas seguridades de su amor, cuando la noticia de la taberna ponía de manifiesto como perjuración.

No podía ser. Todavía dudaba.

Y tambaleándose, como un ebrio, siguió adelante, con los ojos, de mirar estúpido, fijos en el polvo blanquecino de la carretera.

* * *

En toda la huerta era aquel el tema de las conversaciones; la boda de *Roseta* con el hijo de la *Rocha*. Iba á ser sonada.

Los *Canonches* habían apurado todos los recursos de su imaginación, no pobre, y de su bolsa, más que escuálida, para que su sobrina fuera al matrimonio como correspondía al brillo de la ilustre casa.

La *Rocha* no quiso ser menos. Si los *Canonches* representaban los viejos pergaminos, su hijo era el presente bien pertrechado de sonantes monedas, que eclipsaban pasadas grandezas.

Toda la huerta había sido invitada á la fiesta nupcial. Una boda con órgano y con sermón, según los conspicuos bien enterados decían la noche antes en casa de *Paixarell*, donde se prolongó la tertulia más de lo ordinario, animadas las lenguas por tema de conversación tan sabroso y por algunos vasos de extraordinario debidos á la longanimidad del novio.

Para *Nelo* fué aquella una noche terrible. Noche de insomnio en la que pasaron por delante de sus ojos, abrasándose los, las remembranzas de la dicha perdida. Como las misteriosas palabras del festín babilónico, se le aparecieron con trazos de fuego escenas de amor en las que un odiado rival le había usurpado el puesto. El dúo amoroso se desarrollaba ante los ojos de *Nelo* con la fuerza y el relieve de la

vida; las miradas dulces, las palabras de miel, las actitudes apasionadas de *Roseta* y el rival afortunado eran una burla, un desafío, una injuria que abrasaba el rostro de *Nelo*, que llevaba toda la sangre á su cerebro enloquecido, mientras le paralizaba la acción, encadenándolo al lecho, por el dolor, por el desprecio, por el odio.

Sujetándose la cabeza con las manos, á medio vestir, dando trancadas por la barraca oscura, perseguido por la visión de fuego, abrió la puerta y salió al campo.

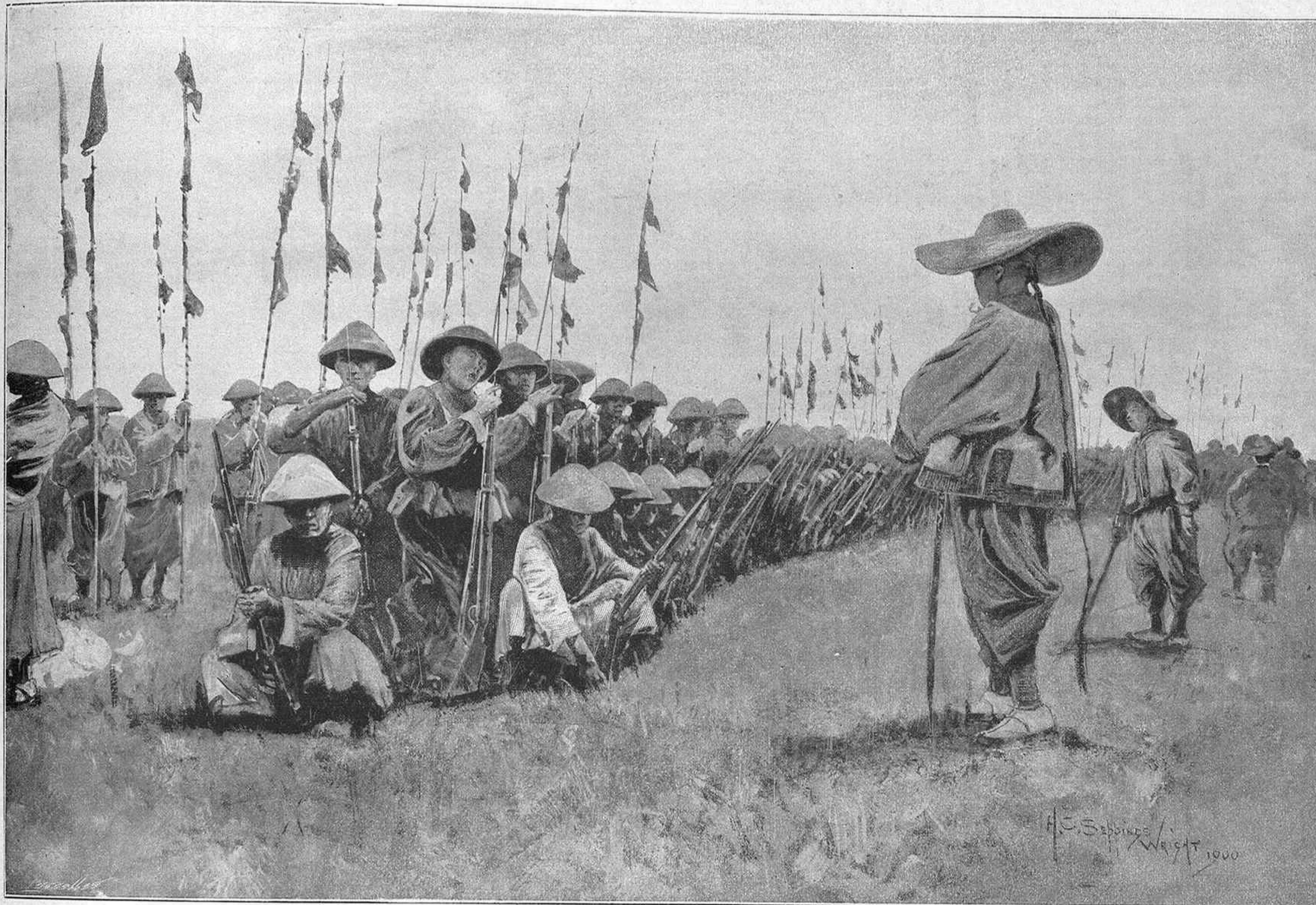
La noche era hermosísima. Una noche del agosto valenciano, plácida, luminosa, perfumada por los naranjos en flor y los jazmines trepadores y oreada

do las miradas de las mujeres allí apostadas, entró en el templo. Lo envolvía dulce penumbra, en muchos sitios casi la obscuridad, y *Nelo*, oculto tras los pilares de una capilla, vió el altar de la Virgen resplandeciente de luces, de flores, de blancos paños y caladas blondas, en que manos femeninas habían hecho obras primorosas de plancha y de rizado.

Ante el altar, cubierto con adamascada colgadura, estaban alineados los almohadones para los novios y las sillas para padrinos y testigos. Era una boda de rumbo y no faltaba un detalle. Los *Canonches* sabían, cuando llegaba la ocasión, hacer las cosas. De una ojeada vió *Nelo* todo aquello; algo le subió á la garganta que le ahogaba, y á ella se llevó las manos.

Después, sobre los hombros del hijo de la *Rocha* y la gentil cabeza de *Roseta* echó el yugo de rameado brocatel con galoneaduras de oro; signo de respeto, de sumisión, de acatamiento de la esposa para el esposo.

Nelo, agarrado á la columna de la capilla, jadeante, contemplaba todo aquello sin darse cuenta exacta de lo que veía. El nudo de la garganta trocóse en círculo de hierro que le atenazaba el cráneo, calenturiento, próximo á estallar. Cuando sobre la frente de *Roseta* cayó el yugo tornasolado, á modo de estigma infamante, todo lo vió rojo; una llamarada inmensa que cubría personas y cosas haciéndolas bailotear con furia infernal.



CONFLICTO CHINO. - TROPAS REGULARES CHINAS EN SUNG-KIANG, dibujo de H. C. Seppings

por las brisas marinas que, antes de llegar á la ciudad dormida, cantaban por entre las moreras y cañaverales. Y la luna, en todo su esplendor, oscureciendo los millares de estrellas, que parpadeaban como diamantes en la inmensa bóveda azulada, alumbraba á trechos la tierra, formando afiligranados encajes y caprichosos arabescos al filtrarse por entre el ramaje de los árboles y las cañas de los emparrados. El fresco de la noche reanimó á *Nelo*. Bebiendo con ansia las ráfagas del amanecer, señalado en el cielo por una franja lechosa que surgía del Oriente, fueron desvaneciéndose los fantasmas de la tremenda vigilia, y tras la lucha terrible venció el hombre. La razón fría, la dignidad del varón fuerte, hablaban para decirle que su camino estaba trazado.

Y escupiendo, con un mohín de desprecio, todas aquellas amarguras, con la hoz y la manta, como armas de combate, se lanzó al camino, al trabajo, como luchador seguro de sí mismo y de su fuerza.

Al llegar *Nelo* á la plaza del pueblo era de día. Estaban abiertas las puertas de la iglesia, y muchas mujeres llegaban presurosas para no perder detalle del acontecimiento, que iba á ser durante muchos años el de la huerta.

El mozo se detuvo en el centro de la plaza. Titubeó un momento, y luego, resueltamente, esquivan-

do el silencio solemne del templo se interrumpió de pronto. Un grupo de gente avanzaba por la nave adelante, llenando el espacio de mil confusos rumores, palabras ahogadas, arrastrar de pies sobre el pavimento, sordos cuchicheos, risas contenidas á duras penas por la seriedad del lugar y de la escena en desarrollo.

Acomodáronse los que llegaban en los sitios que tenían señalados, y ante el altar se hincaron los novios.

Destacábase la figura de *Roseta* como la estatua de la Insensibilidad. Su rostro de tez nacarina, sin matices, su frente ovalada, sus ojos negros, rasgados, quietos, como mirando hacia dentro, protegidos por la sombra misteriosa de las cejas de arco correctísimo y las largas pestañas, tenían como marco el peinado de cocas con horquillas doradas y la mantilla de toalla, que medio ocultando las *poleas* de perlas de las orejas, caía sobre el busto opulento, cubierto por el jubón de negra seda.

Sonaba el órgano, dando al aire con sus notas pardas y desgarradas, lo mejor y lo más alegre del repertorio del *Chodiot*, el maestro de escuela y organista, todo en una pieza, cuando el cura, con los ornamentos de las grandes solemnidades, subía las gradas del altar, dispuesto á impetrar de lo alto todas las gracias imaginables para aquellos á quienes, aquí bajo, iba á unir con las bendiciones de sus manos unguadas, aunque pecadoras.

Como loco lanzóse entonces sobre el grupo que al pie del presbiterio había, y de un salto llegó junto á *Roseta*, y de un zarpazo arrancó el yugo que la cubría, levantando después la mano, armada de la hoz, para segar de un solo golpe, sin piedad...

Y cuando los ojos negros, rasgados, como mirándose en el alma, volvieron sobre el mísero, inquiriendo la razón de todo aquello, la hoz escapósele de la mano, y cayendo de rodillas, sólo tuvo fuerzas para estallar en un sollozo:

- ¡No puedo, Señor, no puedo!

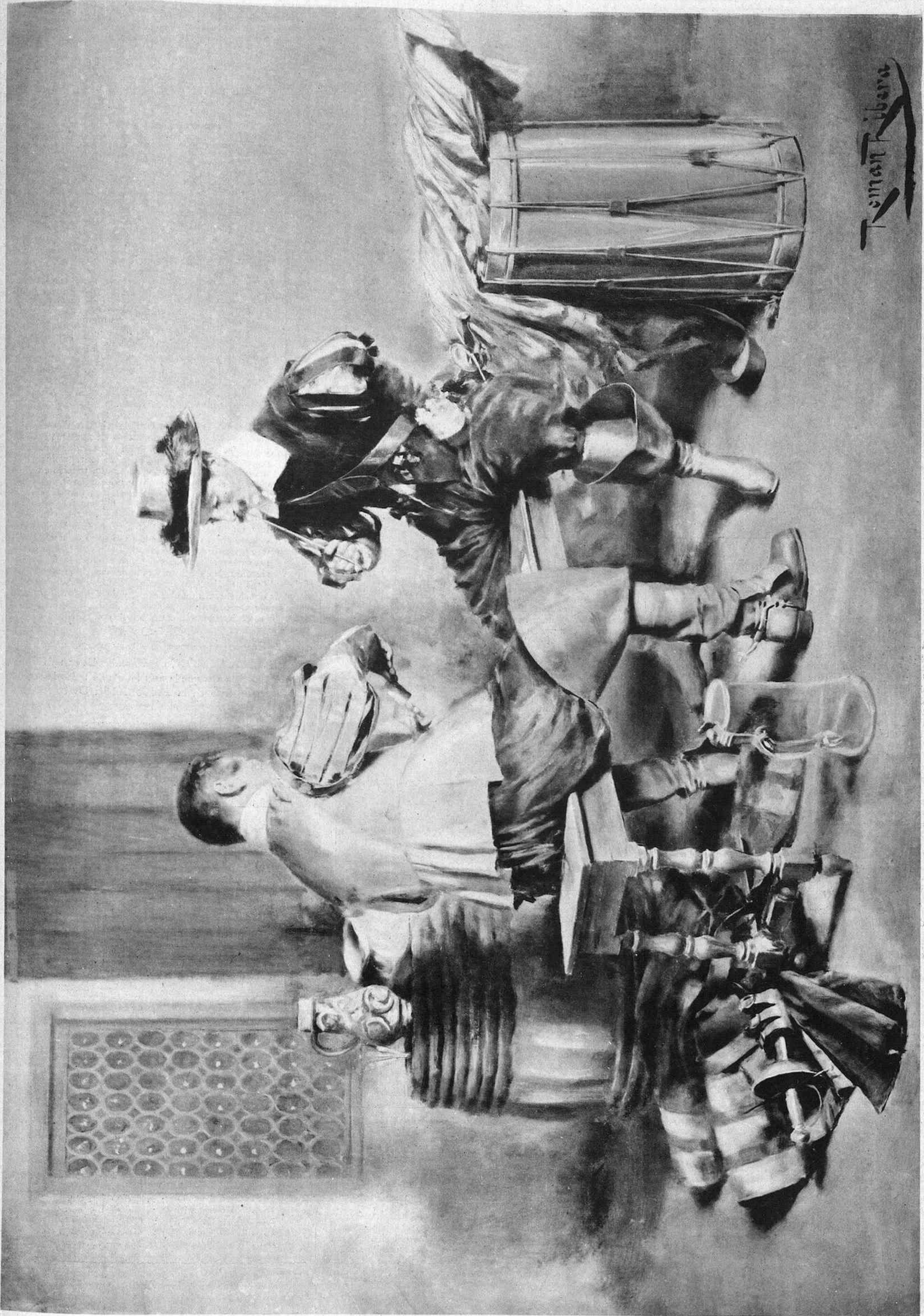
EMILIO DUGI

NUESTROS GRABADOS

Conflicto chino. - A pesar del tiempo transcurrido desde que los aliados entraron en Pekín, poco han adelantado las negociaciones para llegar á una solución definitiva que sirva de remedio á los males pasados y de garantía para evitarlos en lo porvenir. Las comunicaciones diplomáticas se suceden unas á otras, y hasta ahora no se ha podido dar con una proposición que satisfaga á todos. ¡Son tantos y tan contrapuestos los intereses de las partes que intervienen en el conflicto chino! Comenzó Alemania con una nota en la que se exigía que el gobierno chino entregase los culpables de los sangrientos sucesos allí ocurridos á las potencias aliadas para que éstas les impusieran por sí mismas el condigno castigo; pero esta nota no logró prosperar, pues si todos los gobiernos interesados aceptaron la idea del castigo, consideraron al mismo tiempo innecesaria la humillación que se imponía al vencido obligándole á entregar, á dejar juzgar y á hacer castigar á sus súbditos por gentes extranjeras. Después de varios tanteos, parece ser que el ministro



EL PESCADOR DE CÁRNADA, dibujo de F. Fernández de la Mota



ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID

PARTIDA EMPEÑADA, cuadro de Román Ribera



ALDEANO VASCO, cuadro de Stanhope Forbes

de Negocios Extranjeros de Francia M. Delcassé ha encontrado la fórmula que podrá servir de punto de partida para llegar a la paz: la proposición por él sometida a la aprobación de las demás potencias contiene como puntos principales los siguientes: castigo de los principales culpables, pago de indemnizaciones por los daños sufridos, declaración de libres de todos los puertos que Europa designe, desarmado de los fuertes de Takú y ocupación militar por los europeos de dos ó tres puntos entre Tien-Tsin y Pekín, creación de una guardia permanente en la capital china para seguridad de los representantes extranjeros y adopción de las reformas político-administrativas que puedan considerarse como garantía suficiente para el porvenir.

Por lo que toca a la actitud del gobierno chino, es muy difícil sacar algo en claro de la multitud de noticias contradictorias que acerca de la misma se reciben: unas nos dicen que está dispuesto a combatir a los boxers, a quienes persiguen las tropas regulares; otras afirman que nada de esto es cierto y que, por el contrario, los generales fraternizan con ellos y que gozan de gran predicamento en la corte de los mandarines que los favorecen; ya se dice que los contingentes regulares atacan a las fuerzas de los aliados; ya se da como cierto que los culpables del movimiento antiextranjero han sido severamente castigados. Y en un telegrama últimamente recibido se asegura que la emperatriz se encuentra gravemente enferma en Taiyuenfan, que el emperador ejercía la libre dirección de los asuntos del Estado y que han sido decapitados Yingnien, Chaafuchiad y Kangyi, condenados a prisión perpetua el príncipe Chuang, el duque de Tsailan y el príncipe Yin y desterrado a la frontera de Siberia el príncipe Tuan.

De ser ciertos estos castigos, se habría dado un paso en el camino del arreglo decisivo; pero aparte de que la noticia bien puede ser falsa, queda otra duda por resolver. ¿Serán realmente los príncipes, duques y demás personajes que se citan los que han sido castigados por el gobierno chino? Porque lo gracioso del caso es que uno de los mayores recelos de las potencias es que pueda haber, cuando llegue el momento de hacer efectivas las responsabilidades, una sustitución de personas, muy difícil, si no imposible de evitar, tratándose de individuos de aquella raza. Por esto el emperador de Alemania pedía en su nota que los que se dieran como culpables fuesen identificados por los representantes diplomáticos acreditados en Pekín. Tendría gracia que después de tantas negociaciones y de todas esas decapitaciones, destierros, etc. resultase que los supuestos príncipes son infelices esclavos sacrificados a las justas exigencias de los aliados, y que los chinos dieran a éstos gato por liebre, como vulgarmente se dice. Todo puede esperarse de un pueblo para quien la mentira parece ser una virtud y para quien todos los recursos son lícitos, si con ellos logra el fin que se propone. A bien que esto sucede también con otros pueblos que ahora pretenden dar lecciones de puritanismo a los hijos del Celeste Imperio.

Aldeano vasco, cuadro de Stanhope Forbes.

Muchas veces hemos dicho que la naturaleza es la mejor fuente adonde pueden acudir los artistas en busca de inspiración: los espectáculos que ofrece, eternamente varios en medio de su aparente uniformidad, encierran todos ellos incomparables bellezas que si en el ánimo del profano producen sólo una impresión fugaz, penetran hondamente en el alma de artistas y poetas, despertando en ellos sensaciones duraderas que les permiten dar forma acabada a lo que por un instante vieron sus ojos. El paisaje con sus múltiples accidentes y su riqueza de matices, el cielo con sus notas de color variadas, los aldeanos con sus trajes típicos y sus costumbres pintorescas, proporcionan inagotables temas para obras que, realizadas por mano experta, no sólo han de halagar los sentidos, sino que además han de producir una emoción estética que otros asuntos gran-

diosos y complicados raras veces logran despertar. El famoso pintor inglés Stanhope Forbes, miembro de la Real Academia de Londres, nos demuestra con su *Aldeano vasco* que sabe sentir como pocos los encantos de la naturaleza y que con los más sencillos medios puede conseguirse un efecto excelente, si aquellos medios son utilizados por un artista de la talla del autor del cuadro que nos ocupa.

La parisiense, cuadro de Carlos Vázquez.— Varias son las obras que de este distinguido compatriota hemos publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y al hacer la descripción de las mismas hemos elogiado como se merecen las notables aptitudes artísticas que en ellas se admiran. No repe-



LA PARISIENSE, cuadro de C. Vázquez

tiremos, pues, lo que otras veces hemos dicho, y únicamente haremos notar, comparando el cuadro que hoy reproducimos con los anteriores del mismo autor, el talento con que éste cultiva los más diversos géneros y la habilidad con que traslada al lienzo los tipos, los lugares y las escenas más diferentes.

Meditación, dibujo original de Ramón Alsina y Amils.— Más artista que pintor, hállanse armonizadas en Ramón Alsina las aspiraciones de quien como él siente el arte, con los ideales que alimenta el poeta, porque en todos sus lienzos, en sus más sencillas notas de color, adivínase siempre el esfuerzo de su soñadora fantasía. Poetiza el arte, y de ahí que en todos sus cuadros, especialmente en los paisajes, se lea una sentida estrofa. Inspírase en los geniales contrastes y bellezas que la naturaleza ofrece, copiándola en sus encontrados aspectos. Busca en ella el manantial de su inspiración, presentándola

de manera que en sus combinaciones de luz, celajes y vegetación admíranse bellezas y revélanse las cualidades características del pintor. La hermosa figura que reproducimos en estas páginas atestigüa cuanto apuntamos.

El pescador de carnada, dibujo de F. Fernández de la Mota.— El distinguido dibujante Fernández de la Mota es un excelente observador del natural, como varias veces han tenido ocasión de apreciar nuestros lectores. En todas sus obras, la verdad prevalece y la impresión de la realidad se impone, y esta cualidad, ya de por sí tan digna de alabanza, hállase avalorada siempre por una ejecución cuidada, sin pecar de minuciosa, que demuestra al par que su conciencia artística su conocimiento de todos los recursos técnicos. *El pescador de carnada* es un estudio hecho durante la estancia del artista en Cádiz, y en él se ven patentizadas las condiciones que dejamos indicadas: hay en el dibujo luz y ambiente, la perspectiva está bien estudiada, la figura que en él se destaca resulta perfectamente entendida y el conjunto de la composición es de un hermoso efecto, al que contribuye la perfecta disposición de los detalles que forman el fondo del dibujo.

Partida empenada, cuadro de Román Ribera.— La circunstancia de habernos cabido la suerte de reproducir en esta Revista las principales obras que ha producido este distinguido pintor, nos obliga hoy a referirnos a cuanto hemos dicho respecto del artista y de todas y cada una de sus producciones. La que hoy copiamos, que forma parte de una notable colección de esta ciudad, pertenece a uno de los géneros en que más notoriedad ha alcanzado Román Ribera, que en esta clase de obras recuerda las de Van Ostade y Terburg, mostrándose, como en todas, seguro en el trazo y hábil colorista.

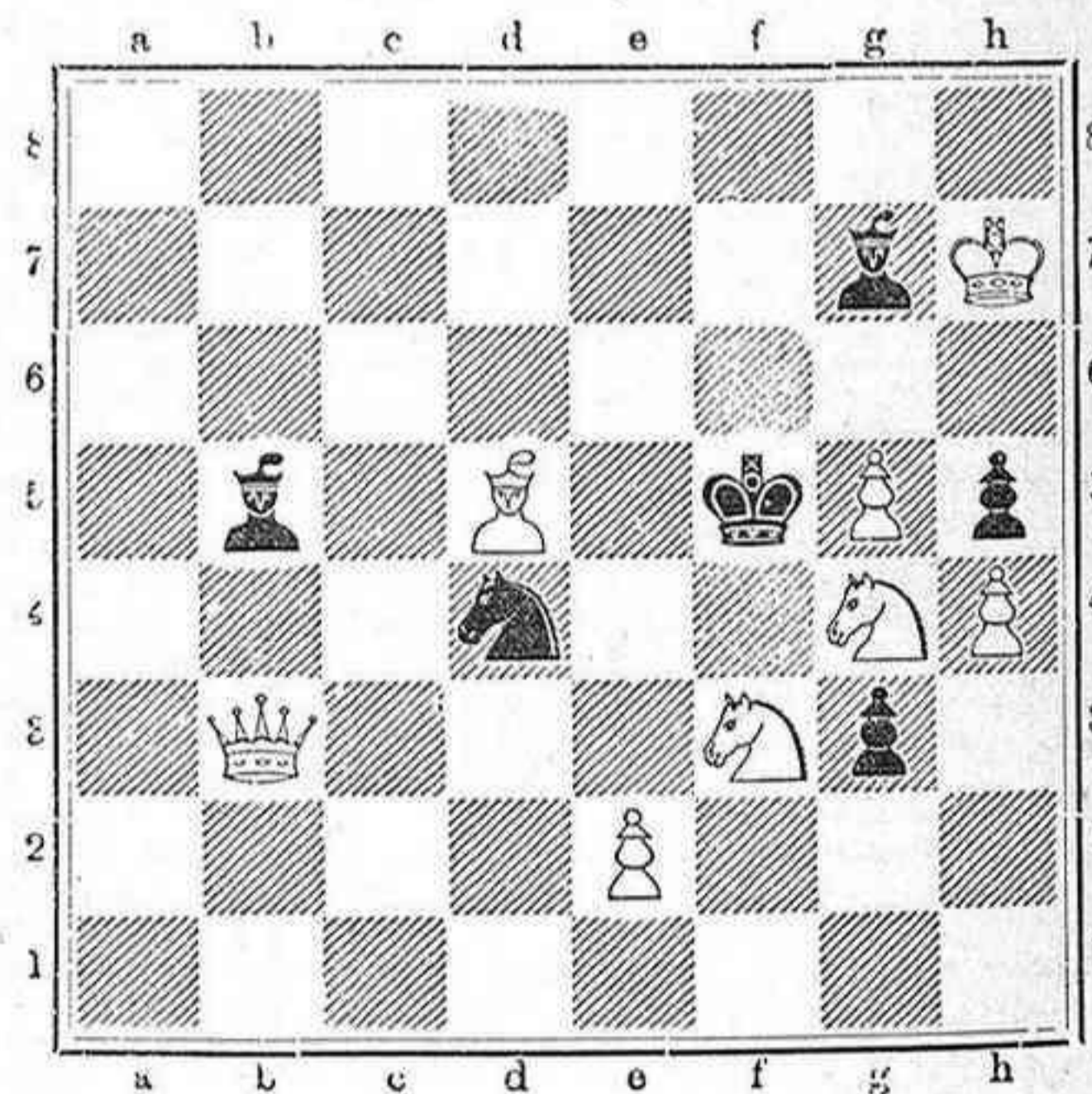
Otoño, dibujo original de José Masriera.— Es José Masriera uno de nuestros más notables paisajistas, tan galano en representar la naturaleza como lo es su hermano Francisco en reproducir la forma plástica. Observador profundo, preciso en sus juicios, de clarísimo ingenio y no común ilustración, ha puesto en juego estas cualidades en beneficio del arte a cuyo cultivo ha consagrado los mejores años de su vida. Laborioso é infatigable, ha estudiado la naturaleza en todas sus brillantes y espléndidas manifestaciones, conservando siempre el sello de nacionalidad, de regionalismo, trasladando fielmente al lienzo la tierra catalana en toda su grandiosidad y belleza. La corrección, la exactitud y la belleza son las notas características de sus paisajes. A sus recomendables cualidades debe la merecida consideración de que goza, y a su proverbial galantería debemos, a nuestra vez, la ocasión de dar a conocer a nuestros lectores el interesante estudio que con el título *Otoño* reproducimos en la última página.

La **CREMA SIMÓN**, cuya nombradía es universal, es la más eficaz a la vez que la más barata de todas las cremas. **Medalla de oro en la Exposición Universal de París de 1900.**

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 212, POR J. DOBRUSKY

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

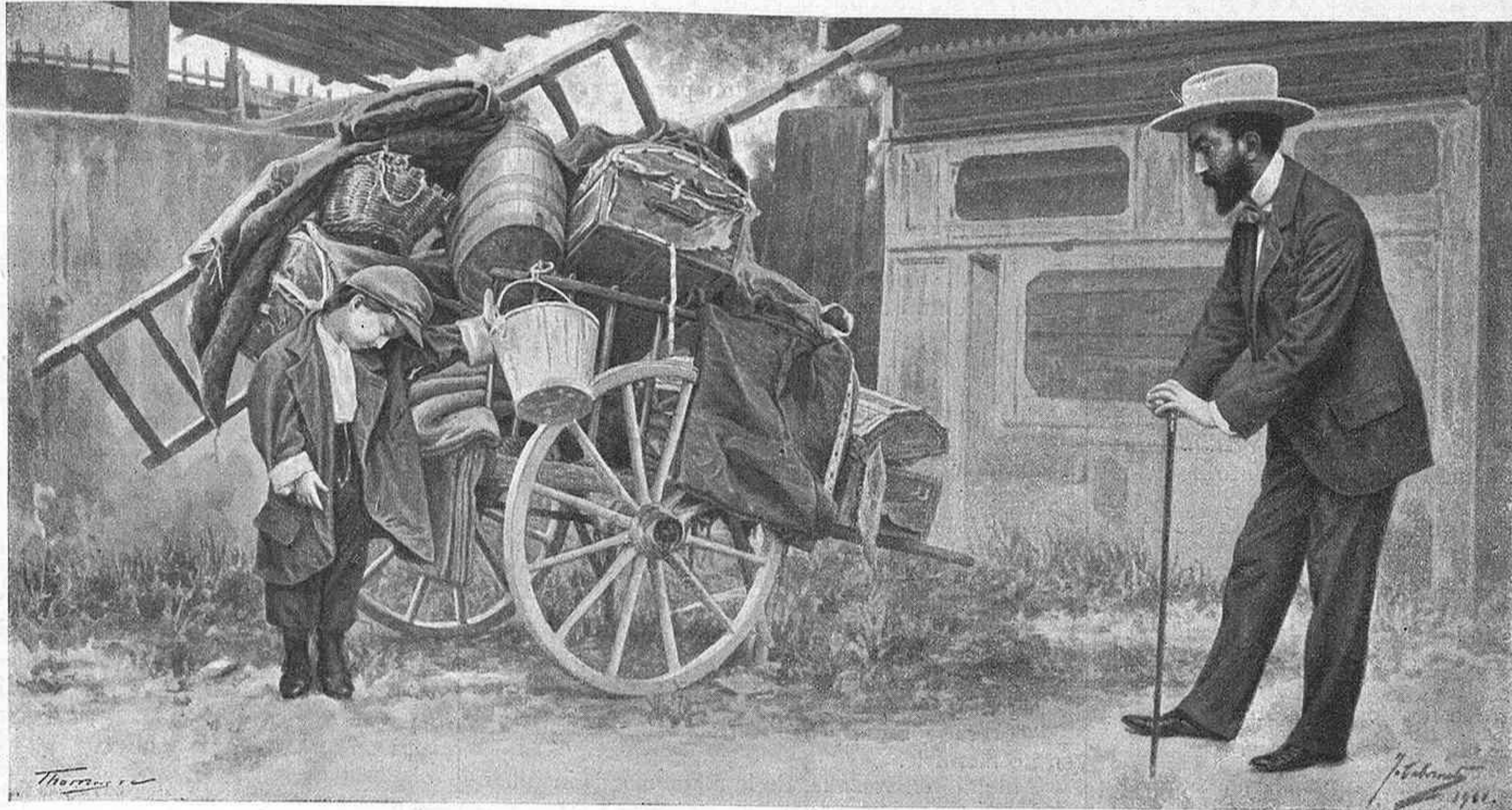
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 211, POR M. EHRENSTEIN

- | | |
|------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Dc6-a8 | 1. Cc7 toma D |
| 2. Cd4-b5 | 2. Cualquiera. |
| 3. C mate. | |

VARIANTES

- 1.... Cb6 toma D ; 2. Cd4-b3, etc.
 1.... Cb6 toma Pc4; 2. Cd4-b5 etc.
 1.... Cb6 toma Pd5; 2. Cd4-b5 ó b3, etc.
 1.... Cb6-c8 ; 2. Cd4-b5 ó b3, etc.
 1.... Ab1-d3 ú otra; 2. Da8-f8, etc.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA.**



Tengo un amiguito que piensa como usted y me da algún remedio y me cuida

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETV

(CONTINUACIÓN)

Durante horas enteras se dejaba mecer por aquellos ensueños, y volvía á la realidad lo más tarde posible, deslumbrado aún por los resplandores que habían bañado su alma.

También con frecuencia evocaba en sus ensueños el afecto más viril de un padre.

Si todo su ser se sublevaba secretamente al verse obligado á confesar que Ceferina era su madre, sentía una especie de cólera indignada al reconocer que *Caracol* era su padre.

Sin embargo, no podía ser padre un hombre que aconseja á su hijo que robe, que le educa en el vicio, que le desmoraliza y le mata el alma pura de niño.

Un sudor frío de pronto inundaba su frente.

Recordaba la noche terrible de Moisdon... y oía el grito atroz del hombre asesinado.

¿Y *Caracol* le hubiese llevado allí... siendo su padre?

Un padre debería ser para el hijo un símbolo de honor, un continuo ejemplo, un guía severo y firme en la senda del bien; un sublime consejero, un ser respetado, cada una de cuyas palabras de reproche es una especie de castigo supremo, y cada palabra de elogio una recompensa.

¡*Caracol* su padre!

El niño lloraba mucho al reflexionar de este modo. Sufría cruelmente.

Y sin embargo, le parecía sentir una vaga certeza de próximo consuelo.

Como si hubiese adivinado que alguien se desvivía por devolverle el bien perdido.

Mientras tanto, Jorge continuaba sus investigaciones con decidido empeño.

Desde su vuelta de Penhoet, había reanudado sus lamentables peregrinaciones á través de las últimas capas sociales de París.

Una mañana encontróse en una de las calles más excéntricas de Vaugirard con un niño de unos doce años, que tiraba pensosamente de un carretón de mano cargado de muebles y ropas.

El niño, haraposo, demacrado, no podía con la carga y resbalaba á cada instante, á causa de lo gra-siento del piso; sudaba á mares y respiraba jadeante, sofocado por el esfuerzo.

Apoderóse de Jorge una compasión inmensa.

— Este niño tendrá unos trece años, pensó; á poca diferencia la edad que hoy tendría Fanfán.

De pronto, el niño fué acometido de un violento acceso de tos y se apoyó en la pared para no caerse.

La tos se terminó por un vómito de sangre.

— ¡Esta criatura está mala!, exclamó Jorge apresurándose á sostener al niño en sus brazos.

— No es nada, caballero..., mi resfriado..., se acabó..., muchas gracias... ¿Me haría usted el favor de decirme cuál es la calle de Alesia?

— ¿Vas á la calle de Alesia?

— No, señor, pero debo tomarla para llegar al punto donde voy.

— ¿Vas lejos?

— No sé, detrás del hospicio de Santa Ana, según me han dicho.

— ¿De dónde vienes?

— Del viaducto de Auteuil.

— ¿Quién te manda de tan lejos con semejante carga?

— Mis tíos. Nos mudamos hoy, y es preciso que cada uno haga de su parte lo que pueda.

— ¿Por qué no han alquilado un hombre para transportar todo esto?

— Puede que no tuvieran dinero bastante.

Un nuevo acceso de tos le impidió continuar.

Vaciló de nuevo, próximo á caerse.

— ¡Esto es horrible!, exclamó Jorge indignado.

Vuelto en sí, el niño dijo:

— Generalmente, no me obligan á hacer cosas tan pesadas.

— ¿Tienes madre?

— No, señor; soy huérfano. Me crié con mis tíos.

— ¿Por qué no te han hecho cuidar en el hospital, estando tan enfermo?

— Me llevaron. Pero me despidieron al cabo de algún tiempo, porque los médicos no sabían ya qué darme. Mis tíos dicen que mi enfermedad es incurable y que es inútil gastar dinero en medicinas.

— Entonces nada hacen por ti...

— ¡Oh! Tengo un amiguito que piensa como usted, y me da algún remedio y me cuida.

— ¿Un amiguito?

— Un primó. Nos conocemos desde muy chiquitines y nos queremos mucho. Pretende que puedo curarme y me compra píldoras y aceite de hígado de bacalao con el dinero que puede ahorrar.

El niño, á quien el hablar fatigaba mucho, se detuvo un instante.

Y añadió luego, con una dolorosa sonrisa, en tanto que brillaba en su rostro un cándido entusiasmo y un afecto fraternal:

— La verdad es que no creo mucho en lo que me dice. Me parece que los médicos no se equivocan y que me voy á morir pronto. Pero como él llora cuando se lo digo..., finjo que le creo y tomo todas las medicinas que me da..., porque no hay droga que yo no tomase por evitar un disgusto á Fanfán.

— ¡Fanfán!..

— Sí, así se llama mi amiguito.

— ¡Se llama Fanfán!, repitió Jorge con voz vibrante de emoción.

— Sí, señor... Nunca le he dado otro nombre.

— ¿Y su apellido?

— No sé. No le conozco apellido alguno. Yo me llamo Claudinet; mi tío *Caracol* y mi tía Ceferina son sus padres..., al menos así les llama él.

Jorge vaciló como bajo un golpe mortal.

¡*Caracol*!..

No era la primera vez que oía aquel apodo.

¡*Caracol*!..

Esta palabra resonaba en su cerebro.

¿No era el nombre dado por el siniestro bandido á quien entregó el niño espúreo en la trágica noche del Parque de los Príncipes?

¡Sí, ahora lo recordaba bien!

Y tuvo como un desvanecimiento de alegría loca y al propio tiempo un estremecimiento de terror.

Dominóle una embriaguez de dicha pensando que al fin iba á encontrar al niño perdido.

Un espantoso temor de engañarse por la centésima vez asaltó á su calenturienta imaginación.

«¡Y aunque sea él, pensaba acosado por un amargo pensamiento; aunque sea el niño arrojado por mí..., no es mi hijo!»

Ya no se trataba más que de un deber que cumplir.

Reparar, si era necesario, una exageración posible en el castigo impuesto.

No se atrevía á confesarse á sí mismo que también se trataba de acallar un remordimiento.

— Muchacho, dijo á Claudinet, tus tíos se han figurado sin duda que no era tan larga la distancia que habías de recorrer. Voy á alquilar un hombre para que conduzca el carro. Nosotros iremos tranquilamente juntos. Te acompañaré hasta tu casa, á fin de excusar tu tardanza y explicar mi intervención.

Claudinet vaciló; temía aceptar la oferta; pero sintiendo agotadas sus fuerzas antes de haber llegado á mitad del camino, no se atrevió á decir que no á tan halagadora proposición.

Jorge se lo llevó á un restaurant y le hizo comer, mientras que un mozo de cordel iba á esperarles con el carro detrás del hospicio de Santa Ana.

— ¡Ay, caballero!, decía el niño á Jorge en el restaurant, ¡si viera usted qué simpático es Fanfán! Al contemplarle, muchas veces he pensado que pertenece á otra clase que nosotros.

— ¿No es hijo de tus tíos?

— Es verdad. Sin embargo, si usted le tratase, comprendería que hay una gran diferencia entre él y nosotros. Tiene ideas y expresiones que me admiran, que me consuelan y que nunca se me hubieran ocurrido á mí.



Excitado por la comida, Claudinet charlaba con inusitado abandono.

- Tal vez diga un grave desatino, pero no me cabe en el magín que Fanfán sea hijo de mi tío *Caracol*.

- Entonces, ¿qué crees?

- No sé, pero se me figura recordar que hubo un tiempo en que no había más niño que yo en el coche.

- ¿En qué coche?

- ¡Ah! Usted no sabe. Mi tía Ceferina es sonámbula extralúcida. Teníamos un coche que hemos vendido. Por esto nos mudamos hoy.

«*¡Caracol!.. ¡Un coche de sonámbula!..*» pensaba Jorge.

Sí, sí; era la profesión que el hombre había indicado.

- Cuanto más lo pienso, más lo voy recordando, continuó Claudinet. Con seguridad, yo no tenía antes á mi primo. Una mañana, llegó de pronto...

- ¿Una mañana?

- Mi tío nos dijo que lo traía de casa de la nodriza.

Jorge sintió la necesidad de explicaciones más precisas.

Todos aquellos informes que le daba Claudinet le afirmaban en la idea de que se encontraba sobre la verdadera pista.

- Voy á hablar con tus tíos en vuestra nueva casa.

- ¿Quiere usted hablarles de Fanfán?

- Sí.

- ¿Le parece que no me equivoqué? ¿Sabe usted algo de él, de sus padres?

- Quizá.

- ¡Cuánto me alegro! Siendo así, venga usted conmigo. Sin duda me pegarán por haber contado su historia; pero no me importa.

Jorge y Claudinet fueron á encontrar al mozo de cordel, que les esperaba con el carro detrás del hospicio de Santa Ana.

Jorge le pagó y le despidió.

Claudinet volvió á tirar del carrito, empeñado en que había de ser él quien llegase con la carga á su destino.

- Anda, pues, le dijo su nuevo amigo en vista de su insistencia. Yo te seguiré.

El niño, teniendo presentes las instrucciones recibidas, dió la vuelta al hospicio, tomó la calle de la Santé, encontró el callejón sin salida y se metió en él.

Ceferina le esperaba en el dintel de la puerta.

- ¡Anda! Creí que no llegabas nunca. ¿Cómo has tardado tanto?

El niño iba á contestar.

La arpa le interrumpió:

- ¡Holgazán! ¡Anda! Ayúdame á descargar todo esto. Es preciso que cuando llegue tu tío lo encuentre todo arreglado.

Kerlor se había detenido al mismo tiempo que Claudinet.

Ceferina reparó en él y se quedó mirándolo.

Jorge experimentaba en su presencia una profunda repugnancia.

Vencióla, sin embargo, y se acercó á la mujer re-sultantemente.

- Señora, necesito hablar con usted un momento. ¿Quiere usted concederme cinco minutos?

Su voz breve, su acento severo y su rostro grave impresionaron fuertemente á Ceferina.

Figuróse que era un agente de policía y empezó á temblar.

Jorge esperaba su contestación, mirándola de un modo que parecía querer penetrar hasta lo más profundo de su ser.

«No hay medio de resistir á ese quídam,» pensaba ella, después de habérselo ocurrido un instante la idea de defenderse.

Hizo, á modo de sonrisa, una abominable mueca, y contestó:

- Estoy á la disposición del señor agente... Mi marido no está ahora en casa. Pero no importa, estoy dispuesta á contestar. Cuando una no tiene nada de qué avergonzarse, no teme que la pregunten. El señor agente puede entrar.

Jorge no creyó prudente disipar el error de la mujer.

Parecióle que, tomándole por un polizonte, Ceferina empezaría por hacerle revelaciones sinceras, en todo aquello que puede ser comprobado por la policía.

Entró en la casucha, y sin querer sentarse dijo bruscamente:

- Vive con ustedes un niño llamado Fanfán.

- Sí, señor..., balbuceó ella.

- ¿Cómo es que ese niño se encuentra en poder de ustedes?

Ceferina, azorada, miró á Jorge sin contestar.

Reflexionaba, hasta el punto que podía hacerlo su cerebro de bestia.

¡Claro estaba que podía decir que Fanfán era su hijo!

En apoyo de su aserto tenía la famosa partida de bautismo fabricada en Moisdon por *Caracol*.

Pero aquel documento, como á menudo lo había dicho el bandido, no servía más que para enseñar á los gendarmes que piden los papeles á las familias ambulantes.

El caso presente era muy distinto.

Tratábase de un agente de policía que se presentaba á pedir informes de Fanfán, y sin más objeto que éste, en un domicilio alquilado el día antes.

La cosa era grave..., ¡muy grave!

¡Ah! ¿Por qué no estaba allí *Caracol* para responder?

Ella no tenía el pesquis de su marido.

Pero mintiendo arriesgaba demasiado y se decidió á confesar la verdad..., ó una aproximación de la verdad.

Jorge repitió secamente la pregunta.

- Verá usted, contestó la sonámbula. Hace ocho ó nueve años..., no recuerdo bien la fecha..., recogimos á este niño, que su familia había abandonado.

- ¿Dónde?, preguntó Jorge comprimiendo los latidos de su corazón.

- ¿Dónde?.. Deje usted que recuerde. Pues en...

- ¿No fué en Bolonia?

- Lo sabe todo, pensó Ceferina. He hecho bien en no mentirle.

Y añadió en voz alta, de la manera más insinuante que pudo:

- Tal vez sí..., efectivamente..., es posible que fuese en Bolonia..., pero no me atrevería á afirmarlo. De todas maneras, crea usted que no somos culpables de nada. La justicia no tiene que pedirnos cuenta de nada por ese lado.

A Jorge le temblaba todo el cuerpo.

¡Iba á encontrarse al fin en presencia del niño tanto tiempo buscado!

Continuó con fingida indiferencia:

- Tranquilícese usted, señora. No pretendo causarles á ustedes ningún disgusto en lo tocante á ese muchacho. Trátase de una familia rica que me ha encargado que le busque un huérfano, sin duda para adoptarlo. He sabido, por casualidad, la historia del que vive con ustedes, y á esto he venido.

- Sí, señor, lo comprendo.

- ¿Puedo ver á ese niño?

- No está aquí ahora.

- ¿Dónde está?

- Con su padre..., con mi marido...

- ¿Estarán ustedes dispuestos á desprenderse de él?

- Le queremos mucho, caballero. Pero mi marido le contestará á usted.

- Se les pagaría á ustedes una indemnización razonable.

- ¡Desde luego!.. Pero yo no soy más que una pobre mujer. No puedo resolver nada. Será preciso que se entiendan con mi esposo.

- ¿Estará aquí esta noche?

- No creo... Ha ido... al campo... Es afilador.

Como aquí el trabajo escasea, no tiene más remedio que recorrer los alrededores. Si pudiese usted volver mañana por la noche, yo habré tenido tiempo de hablar con él y le esperará.

Jorge comprendió que era inútil insistir.

- Mañana, á las ocho, estaré aquí, dijo retirándose.

Claudinet no se había dejado ver durante la conversación.

¡Si sospechasen que había introducido un polizonte en la casa, buena paliza le iban á dar!

Jorge se alejó del miserable tugurio, metióse en el primer coche de alquiler que encontró al paso, y fué meditando acerca del acontecimiento que iba á cambiar su vida.

En vez de volverse á su casa, se hizo conducir á su círculo, donde comió.

Trató después de jugar á fin de calmar su impaciencia; pero no pudiendo fijarse en el juego, tiró pronto la baraja.

Salió y anduvo errante por calles y bulevares.

Sin haberse dado cuenta, encontróse á la puerta de su hotel.

Acostóse y procuró dormir.

No acudió el sueño, pero le acosó una especie de pesadilla, en que le parecía oír la voz de un niño que le maldecía, y la de una madre que, entre sollozos, murmuraba su nombre y el de Fanfán.

Al despuntar el día, estaba ya vestido y dispuesto á salir.

Abrió la puertecita particular de sus habitaciones y se encontró en la calle desierta.

La casualidad encaminó sus pasos hacia el bosque de Bolonia.

¿La casualidad?

Atravesó el bosque y encontróse en la avenida del

Parque de los Príncipes, delante de su antigua casa.

Una tablilla indicaba que estaba para alquilar. La portera era la encargada de dar informes.

Jorge se dirigió á ella.

La buena mujer, ocupada en cuidar á un niño de teta y confiada en el aire distinguido de Kerlor, le entregó las llaves de la casa, rogándole que le dispensase si no le acompañaba á verla.

Entonces parecióle á Jorge que la pesadilla de horas antes continuaba.

Entró en el cuarto donde ocurrió, ocho años atrás, la terrible escena.

Subió al aposento en que dormía Fanfán, cuando fué á arrancarlo de su lecho.

En una palabra, volvió á pasar las horas terribles de aquella espantosa noche.

¿Cuánto tiempo permaneció allí, absorto en la evocación del pasado?

No se dió cuenta de ello.

Sin fuerzas, aterrado, perseguido por fantasmas, huyó de pronto, gritando:

- ¡Perdón! ¡Perdón!..

Después de dos horas de una marcha desordenada, sus ojos tropezaron con un reloj.

Eran las cuatro de la tarde.

No había comido nada desde el día anterior.

Entró en un restaurant y se hizo servir de almorzar.

Luego regresó á su casa.

Tomó un talonario de cheques y se lo metió en el bolsillo interior de su americana. Reflexionó un momento; cogió un revólver, se aseguró de que estaban cargados los seis tiros, y se lo metió en el bolsillo también.

Salió, tomó un coche de plaza y se hizo conducir al bulevar de la Glaciere, esquina á la calle de la Santé.

La sociedad *Caracol* y compañía le esperaba con impaciencia.

Ceferina había explicado minuciosamente á sus dos compañeros su entrevista con el supuesto agente de policía.

Del retrato que de él hizo la mujer, *Caracol* dedujo que el pretendido agente era el conde de Kerlor.

- ¡El padre de Fanfán!.. ¡Qué gangal!.. exclamó Panuflo.

- ¡Cállate, hombre!, le dijo *Caracol*. No hay necesidad de gritar tanto.

La prudencia del afilador estaba más justificada de lo que él creía.

Detrás de la puerta, temerosos de pagar con la vida el robo de la cartera, los dos niños escuchaban, procurando no perder una palabra de lo que se decía.

A medida que había aumentado la rabia de los bandidos, más había comprendido Fanfán la importancia de aquellas cartas, y más se había afirmado en la idea de que era preciso comunicárselas á la señora de Penhoet.

Después se las restituiría á *Caracol*, si era de ley.

Mientras Ceferina contaba á sus dos compañeros la extraña visita del desconocido, Claudinet refirió á Fanfán todo lo que le había pasado con aquel señor.

Al llegar á su entrevista con Ceferina, preguntóle Fanfán:

- ¿Y de qué hablaron?

- No pude oírlo, porque me había quedado fuera descargando el carro. Pero mi tía le hablaba con mucha mansedumbre... y sólo oí que él le dijo al marcharse: «Aquí estaré mañana á las ocho.»

- ¿Estás seguro de haber oído eso?

- Segurísimo. Como lo estoy de que mi tía habla ahora de lo mismo con mi tío y con Panuflo.

Ceferina hablaba tan bajo, que los niños no alcanzaban á oírlo.

Pero veían la escena por el ojo de la llave, y adivinaban su conversación.

- ¡Un hombre..., rico sin duda... y generoso... y bueno..., aquí... mañana por la noche!.., dijo Fanfán.

Y le acudían pensamientos terroríficos.

Miró de nuevo por la cerradura y aumentaron sus horribles sospechas ante el espectáculo que se ofreció á su vista.

Panuflo se reía, haciendo ademán de agarrar á un hombre por el cuello y darle una puñalada.

Ceferina abría los ojos, llena de admiración, y *Caracol* sonreía con indulgencia á las palabras y gestos de Panuflo.

Entonces se levantaron los tres.

Fanfán y Claudinet corrieron á arrebujarse en su camastro.

Pero en vano trató Fanfán de dormir.

Quedóse meditando acerca de los acontecimientos del día.

Por fin, después de haber tomado la resolución de salvar á aquel caballero que tanto se interesaba por él, en el caso de que los bandidos quisiesen asesinarle, acabó por dormirse.

El día siguiente no vió nada que pudiese confirmar sus sospechas.

La familia pasó el tiempo en acabar de instalarse. Mas, por la tarde, notó que Ceferina preparaba ropa blanca para los hombres y les disponía trajes que no acostumbraban llevar.

Luego, sorprendió á Paulino afilando su navaja en la muela.

No pudo contener un grito.
— ¿Qué te pasa? Aprende, muchacho, á cuidar de las armas. No hay, para un hombre, mejor amigo que un mondadientes como éste.

Fanfán se alejó muy pálido.
Sus sospechas se convertían en seguridades. Pero también se afirmaba su resolución de impedir el asesinato que indudablemente meditaban los tres socios.

Al anoecer, Ceferina dijo á los niños:
— ¡Ea, muchachos!, esta noche nos vamos los tres de parranda.

— ¿Dónde quiere usted que vayamos?, preguntó Fanfán.

— Si te lo preguntan, di que no lo sabes.
— Sé amable con los chicos, Ceferina, le dijo *Caracol*. Vuestra madre ha prometido presentaros á la señora que nos compró el coche. Para que no os canséis, os llevará en el tren de circunvalación hasta el Point-du-Jour. ¡Curiosos! ¿Estáis satisfechos?

— La noche se nos viene encima, observó Panuflo; larguense ustedes.
Fanfán lo comprendió todo.

Se les alejaba para que no estorbasen á los asesinos, para que no presenciasen el atentado, por temor de que sus gritos vendiesen á los miserables, ó á fin de que nadie pudiese invocar su testimonio en caso de sorpresa.

El muchacho tuvo bastante fuerza de voluntad para callarse.

Echó á andar con Ceferina y Claudinet. Pero en vano trató de hablar con su amiguito. La sonámbula había bebido más que de costumbre, sin duda á fin de no pensar en el drama que iba á desarrollarse en su casa, y se encontraba en el período locuaz de su borrachera.

Daba una mano á cada niño y les hacía confidencias desordenadas sobre la necesidad en que se había visto de vender el coche.

Llegaron á la estación, situada al extremo de la calle de la Glaciere.

«¡Con tal de que yo no vuelva demasiado tarde!» pensaba Fanfán.

Ceferina tomó los billetes en el momento en que el tren llegaba á la estación.

Precipitose arrastrando á los niños. Tenían delante una portezuela abierta.

Claudinet no comprendió la seña de Fanfán, que trató de detenerlo tirándole de la blusa.

Subió al coche antes que su tía.

Fanfán se bajó como para recoger su billete caído al suelo.

Ceferina, que se instalaba pesadamente en su asiento, no había tenido tiempo de notar la desaparición del muchacho.

Fanfán entró rápidamente en la estación como si se le hubiese escapado el tren, y á todo correr se volvió al tugurio donde se figuraba que ya estaban preparando el crimen.

Llegó jadeante.
Aplicó el oído á la puerta y no oyó nada.

Entonces escaló la pared que separaba el callejón del campo.

A través de la ventana enrejada, vió á Panuflo, que parecía esperar, solo, de codos sobre la mesa.

El niño se agachó al pie de la ventana.

Desde allí lo veía todo sin peligro de que le vieran á él.

Sabía que, en caso de necesidad, podía entrar en la casa por aquella ventana, uno de cuyos barrotes era postizo.

Allí esperó...

Y durante aquel rato de espera, su pensamiento se elevó, como una plegaria, hacia la buena señora de Moisselles y hacia aquellos seres desconocidos y amados con quienes soñaba tan á menudo.

Sintióse el corazón lleno de valor.
De pronto oyó que llamaban á la puerta de la casa.

El hombre que esperaban había llegado.

X

EL LAZO

Conforme se había concertado entre los miserables, Panuflo se encontraba solo en la sala principal, cuando Jorge de Kerlor llamó á la puerta de la casa.

Caracol estaba oculto en la pieza inmediata, dis-

puesto á todo, para que el hombre que acababa de entrar no saliese sin haber dejado el dinero que tanto anhelaban.

Panuflo cogió la luz y fué á abrir.
Estaba tranquilo y guasón como siempre.

Introdujo al recién llegado y atrancó otra vez la puerta, diciendo:

— El barrio no es muy seguro, y debo confesar que tenemos nuestro poquito de miedo. Por esto tomamos nuestras precauciones.

En vista de aquella «precaución», Jorge palideció un poco; pero, muy dueño de sí mismo, parecía no temer nada.

Sin embargo, al entrar, tuvo un vago presentimiento del peligro que corría.

Llevóse la mano al bolsillo para cerciorarse una vez más de que tenía el revólver á su alcance.

Pero aquella impresión fué pasajera.

No hizo caso del aspecto siniestro de aquella casa, débilmente alumbrada por el tembloroso brillo de una vela de sebo, cuya larga mecha limpiaba Panuflo de vez en cuando diestramente con los dedos.

— Señor conde, tenga la bondad de tomar asiento.

Jorge sentóse en la silla de paja que su interlocutor le presentó en actitud teatral.

— ¿Puedo saber, ahora, á qué debemos el honor de su visita, señor conde?

— Una familia distinguida desea adoptar á un huérfano sin recursos y sin amparo...

— Nada más fácil, señor conde. En el hospicio de la calle Denfert-Rochereau encontrará de todos colores y estaturas.

— Ya sé, contestó Jorge, algo desconcertado por aquella observación; pero hay ciertas razones particulares...

— No se las pregunto, señor conde. Pero si esas razones son secretas, pueden cambiar un poco las condiciones del negocio. Por ejemplo, si usted viviese en Bolonia... ó en el Parque de los Príncipes.

— ¡Bolonia! ¡El Parque de los Príncipes!

— Es una suposición. Digo Bolonia, porque ayer, hablando con la señora de la casa, citó usted precisamente á Bolonia.

En vano trató Jorge de interrumpir á su cínico interlocutor.

— Supongamos, continuó éste, que, por razones que no me importan, tiene usted un día necesidad de desprenderse de un niño. Esto se ve todos los días. Se lo entrega usted á un hombre cuyo talento le inspira confianza, por haberle visto manos á la obra, y le dice: «¡Toma, edúcalo á tu manera, á semejanza tuya; haz de él un ladrón, y hasta un asesino, si puedes!»

— ¡Un ladrón!, murmuró Jorge, poniéndose lívido.

— No son más que suposiciones, señor conde. Más tarde, llegan los remordimientos y, con ellos, el deseo de recoger al niño... En este caso, claro está que uno se halla dispuesto á hacer sacrificios mayores para acallar su conciencia. ¿No es verdad, señor conde?

Era inútil disimular.

Jorge comprendió que le habían reconocido.

— ¿Cuánto pedís por devolverme á ese niño?, dijo Kerlor sin contestar directamente á su interlocutor.

— Una futesa, dado el interés que usted tiene en ello... Cien mil francos.

— ¡Cien mil francos!

— Sí, señor. Y le advierto á usted que aquí tenemos precio fijo, como en los bazares.

— ¡Semejante cantidad! ¡Qué locura!

— ¿Regatea usted, señor conde?

Ante las locas pretensiones y la insolencia de Panuflo. Jorge sintió germinar la cólera en su cerebro.

Levantóse y dijo:

— ¡Basta! Recuperaré al niño de otra manera.

— ¿De qué manera?, y usted dispense la curiosidad.

— Acudirá simplemente á la policía.

— ¡Ya pareció el coco! Pero, señor conde, usted olvida que ese niño que reclama nos pertenece legítimamente. Mire usted su partida de bautismo.

— ¡Es falsa!

— Pruébelo usted.

— Lo confesaré todo al tribunal. Le diré que en un momento de extravío, entregué mi hijo á un hombre que venía á mi casa á robar.

— ¿Y cómo probará usted que el niño que entregó entonces es el mismo que hoy reclama?

— Diré que ese hombre era el asesino de la costa de Brest... Y nadie dudará de mi palabra, que mi pasado abona. Mi honradez es probada, mientras que yo me encargó de encontrar en la existencia de ustedes algo que pueda desmentir sus pretensiones.

— ¡Ah, canalla! Nos insultas... ¿Pero no ves que estás aquí en nuestro poder? Lo que llevas encima, en dinero y alhajas, vale seguramente la pena de destriparte. Te advierto que no saldrás de aquí.

Jorge había cogido su revólver y retrocedido un paso, dispuesto á defenderse, cuando de pronto abrióse la puerta del cuarto inmediato y entró *Caracol* precipitadamente en la sala.

— ¡Fuera escándalo!..., exclamó. Vamos á explicarnos tranquilamente. ¿Cuánto ofrece el señor conde por la restitución inmediata del niño?

— ¡Veinte mil francos!..., contestó Jorge, revólver en mano.

— ¡Veinte mil francos!, interrumpió Panuflo soltando una carcajada de desprecio.

— ¡Cállate!, le dijo *Caracol*.
Y preguntó al conde:



Desde allí lo veía todo sin peligro de que le vieran á él

— ¿Veinte mil francos al contado?

— Al contado.

— ¿En metálico?

— En un cheque, que puede usted ir á cobrar mañana mismo en casa de mi banquero.

— ¡Venga! Acepto.

— ¿Que aceptas esa miseria?, exclamó Panuflo.

— Métete en tus cosas y déjame arreglar mis asuntos.

Panuflo iba á seguir protestando; pero le pareció que su cómplice le guiñaba el ojo, y se calló.

Kerlor tranquilizóse algo, suponiendo que *Caracol*, más inteligente que el otro bandido, prefería un arreglo á correr el peligro y consecuencias de un atentado.

Caracol presentó al conde pluma y tintero para que redactara el cheque.

Jorge extendió uno y se lo entregó á *Caracol*.

— Con este billete ¿nos entregarán en seguida el dinero?

— Inmediatamente. El cheque es á la vista contra el Crédit Foncier, donde tengo valores de importancia. No hay más que presentarse en la caja, y le entregarán al momento los veinte mil francos á cambio de este papel.

— ¿Sin explicaciones?

— Sin explicaciones.

— ¡Ah!, añadió *Caracol* leyendo el billete. ¿Es usted el conde de Kerlor, Jorge de Kerlor? Ignoraba cómo se llamaba usted, y me alegro de saberlo. Pero vamos á cuentas. Estos veinte mil francos son por la restitución del niño, ¿verdad?

— Sí.

— Entonces falta un pequeño suplemento.

— ¿Qué quiere usted decir?

— ¿Y los gastos de manutención del niño durante ocho años?

Jorge comprendió que el miserable quería sacarle unos cuantos miles de francos más.

Desde luego pensó negárselos, pero estaba tan impaciente por acabar con aquellos bandidos y por sacar al niño de sus garras, que no tuvo el valor de protestar.

— ¿A cuánto calcula usted que ascienden esos gastos de manutención?

— No soy muy ambicioso, señor conde; me contentaré con ochenta mil francos.

— ¡Ochenta mil!

— Que, unidos á los veinte mil del cheque que acaba usted de firmar, hacen los cien mil de que hablaba mi compañero.

Panuflo, adivinando que se acercaba el momento decisivo, se dispuso á arrojar sobre el conde de Kerlor.

(Continuará)

ISLAS MARIANAS. — ISLA DE GUAM

FOTOGRAFÍAS DE M. ARIAS RODRÍGUEZ
(Prohibida su reproducción)

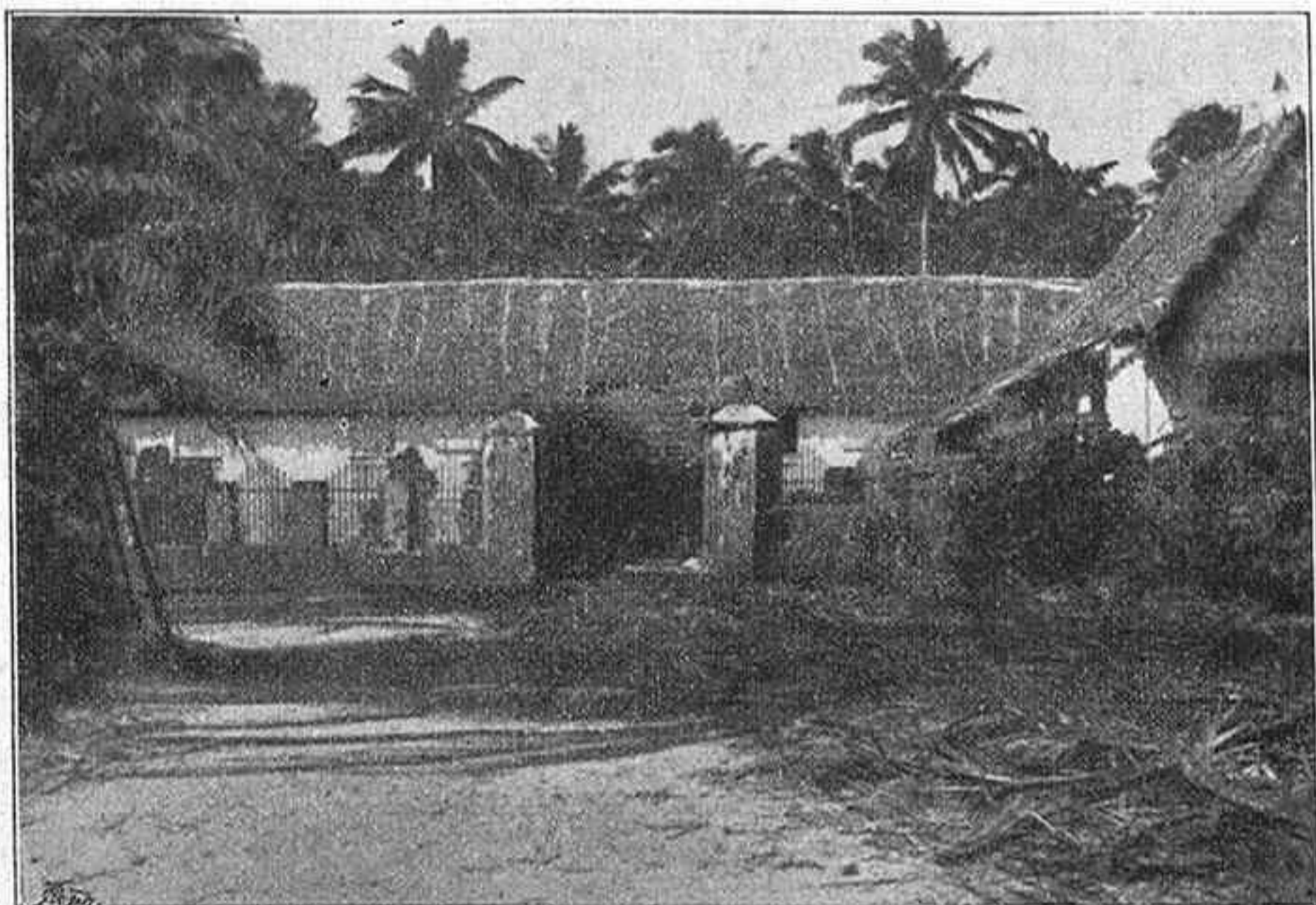
La isla de Guam, la primera que nos arrebataron los norteamericanos, es la mayor y más meridional del archipiélago de las que fueron Marianas españo-

via del coco, la cual beben también fermentada, siendo excesivamente general y abundante el uso de estas bebidas y de las demás espirituosas que allí se importan.

No son aquellos indígenas exclusivamente agrícolas, sino que en su mayoría se dedican a la pesca y a los trabajos del mar, siendo muy diestros en el manejo de embarcaciones y habiendo muchos que han

ñoles; el Colegio de San Juan de Letrán, que los norteamericanos, al apoderarse de la isla, convirtieron en cuartel, y el antiguo cuartel de la milicia, constituida por chamorros que siguen prestando servicio.

La población está contigua a un monte bastante elevado y de pendiente muy inclinada, cubierto de vegetación; dos de sus principales calles son anchas



ISLAS MARIANAS. — ISLA DE GUAM. — Hospital de lazarinis situado en el camino de Punta Piti a Agaña



ISLAS MARIANAS. — ISLA DE GUAM. — Vista parcial de la calle real de Agaña

las. Mide unos 33 kilómetros de Norte a Sur y siete u ocho de anchura, pudiendo estimarse su superficie en unos 260 kilómetros cuadrados, y está formada por dos penínsulas que se unen en una especie de garganta, en la que se halla situada la capital ó principal poblado, denominado ciudad de San Ignacio de Agaña ó simplemente Agaña.

Todas las costas de Guam están generalmente ro-

navegado en los balleneros que antes frecuentaban aquellos puertos, debido a lo cual un gran número de ellos entienden el inglés, así como todos el castellano, además de su propio idioma, que tiene algo de malayo, pero que difiere bastante de los de Filipinas.

Agaña, la capital de Guam, cuya población es de unos 6.000 habitantes, tiene alguna semejanza con los pueblos antiguos de Castilla la Vieja. Sus casas

y presentan buen aspecto; pero las transversales son estrechas, cortas é irregulares. Así en los solares de las casas como en las fachadas de éstas se observa una gran limpieza.

Las autoridades norteamericanas arrojaron de Agaña a los frailes, dejando sólo un clérigo indígena que habla el inglés y simpatiza con los yanquis, a quienes adula para sostenerse en la localidad como párroco.



ISLAS MARIANAS. — ISLA DE GUAM. — Una calle del pueblo de Agaña



ISLAS MARIANAS. — ISLA DE GUAM. — Agaña. Colegio de Letrán y fachada principal del cuartel de milicias indígenas

deadas de rompientes madreporicas que forman barreras de punta a punta, apareciendo la playa bordeada de canales que permiten la navegación con canoas u otras pequeñas embarcaciones. El número de puertos, ensenadas y atracaderos que ofrece esta isla es extraordinario, siendo el principal de ellos el inmenso puerto de San Luis de Apra, situado en la costa occidental de la isla, en donde pueden fondear los más grandes buques.

Observamos en su territorio dos caracteres esencialmente distintos: la mitad Norte, que es una meseta casi horizontal a 80 metros sobre el nivel del mar, aparece poblada de bosques; al paso que la parte Sur es árida y pobre de arbolado y en muchos puntos está desprovista de toda vegetación.

Los indígenas que habitan en el campo viven en su mayoría en casas de tabla cubiertas con hojas de coco. Su ocupación general es la agricultura, cultivando todos ellos sus campos, de los cuales obtienen su ordinario alimento, que consiste en tortas de maíz, en raíces alimenticias y en la rima, con el auxiliar del coco, del que extraen una leche con la cual sazonan los manjares.

Consumen mucha carne de vaca, puerco, gallinas y venado; pero esto principalmente en sus fiestas, que son casi continuas, con multiplicadas libaciones de aguardiente: éste lo destilan de la sa-

son muy bajas, con pequeños balcones de salientes con balaustres y antepechos de madera; las de tabla alternan con los edificios de mampostería con teja- dos ordinarios, pero la mayoría son de materiales ligeros, es decir, con tabiques de cañizo y techos de palma de coco.

Los edificios más notables de Agaña son: la que fué Casa Gobierno mientras dominaron allí los espa-

La iglesia de Agaña nada tiene digno de especial mención.

Los norteamericanos han puesto en aquella capital una guarnición compuesta de 150 soldados, de los cuales unos prestan servicios militares y otros son destinados como braceros a varias obras públicas. Los mestizos chamorros que abundan en la isla son los únicos que aceptan de buen grado la soberanía de los Estados Unidos.

A la mitad del camino entre Agaña y Punta Piti, uno de los desembarcaderos de la isla, se encuentra el hospital de lazarinis, edificio de madera con techo de hojas de coco que se halla en el más lamentable estado, situado en el sitio denominado Asa, en donde existen unas cincuenta y tantas casitas chamorras. En todo el trayecto entre Punta Piti y Agaña se ven diversas agrupaciones de casitas construidas con materiales ligeros, llamadas *barrios*, aunque están muy diseminadas y distantes de la capital.

Las interesantes fotografías que en esta página publicamos son debidas a nuestro inteligente cuanto celoso corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez, y forman parte de la notable serie de trabajos fotográficos por él realizados durante la excursión que verificó a bordo del *Uranus* y de la que tantas veces hemos hablado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. — A.



ISLAS MARIANAS. — ISLA DE GUAM. — Una de las principales calles del pueblo de Agaña. Casas de chamorros

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

EL REGIONALISMO, por Juan Mañé y Flaquer. — La índole del asunto y el nombre del autor son las mejores recomendaciones de este libro, cuya tercera edición acaba de publicarse. La cuestión del regionalismo, que desde hace muchos años se discute, especialmente en Cataluña, ha adquirido en estos últimos tiempos excepcional importancia, y bien puede asegurarse que constituye un problema cuya solución ha de influir necesariamente en el porvenir de nuestra patria. De aquí el interés de actualidad de la obra que nos ocupa; pues, aun siendo una recopilación de artículos publicados en el *Diario de Barcelona* en 1886 y 1887, las doctrinas en ella expuestas son perfectamente aplicables al modo como hoy está planteado el problema; es más, su oportunidad es al presente tal vez mayor que entonces, por cuanto dado el apasionamiento con que por muchos se trata el asunto, necesariamente ha de ejercer saludable influjo en la opinión pública un trabajo desapasionado, imparcial, fruto del estudio, de la experiencia y de la meditación de quien, como el Sr. Mañé y Flaquer, es una autoridad unánimemente reconocida y respetada, que á sus excepcionales dotes de periodista y pensador une un culto á los más nobles ideales que nada amortigua y una consecuencia en la defensa de los mismos que por nada se tuerce. *El Regionalismo* ha sido impreso en la Imprenta Barcelona.

CUENTOS, por Francisco de A. Soler. — Contiene este tomo, primero de la «Biblioteca Nueva» que ha empezado á publicarse en Barcelona, diez cuentos del conocido escritor Sr. Soler, interesantes y bien escritos. Pertenecen á distintos géneros, predominando en unos el elemento dramático, en otros la observación psicológica y en alguno la fantasía. Véndese el libro á cincuenta céntimos.

CARTILLA MODERNA, por B. Rodríguez Serra. — Notable y sencillo es este nuevo método de lectura que merece ser recomendado á los maestros y padres de familia, pues de una manera gradual y lógica enseña á leer á los niños en menos tiempo que las cartillas ordinarias. Editada en Madrid por su autor, véndese á cinco céntimos.

LAS ENFERMEDADES DE LOS HUESOS Y LOS RAYOS ROENTGEN, por José García Córdova. — El distinguido médico valenciano Sr. García Córdova hace en este folleto un estudio acabado de estas enfermedades y de los rayos X, demostrando, no sólo teóricamente, sino además con ejemplos prácticos, la posibilidad de curar aquéllas por la aplicación de éstos, sin necesidad de cruentas operaciones. Ilustran el texto doce fotografías.

PRECEPTOS HIGIÉNICOS SOBRE EL EMBARAZO, EL PARTO Y EL PUERPERIO, por F. Vidal Solares. — Con decir que esta es la séptima edición de esta obra, queda demostrada la importancia de la misma y el éxito que ha tenido desde que apareció la primera. La competencia del reputado médico barcelonés Sr. Vidal Solares y el interés de las materias que el libro contiene justifican el favor que el público le ha otorgado. Y como algo dijimos acerca de él al publicarse las ediciones anteriores, omitimos ahora toda nueva consideración. Se vende á seis pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La opinión postal y telegráfica, revista científica, literaria y de noticias que se publica tres veces al mes en Barcelona; *Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer*, revista mensual de Villanueva y Geltrú; *Avant sempre - Sempre avant*, periódico catalanista de Manilla; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *Boletín de la Comisión provincial de Monumentos históricos y artísticos de Orense*; *Idearium*, revista quincenal ilustrada granadina de literatura y arte; *Lima ilustrado*, que se publica cuatro veces al mes en la capital del Perú; *El Herald*, diario político de Cochabamba (Bolivia).

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-MESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE



MEDALLA DIPLOMA
 DE FABRICA
HARINA LACTEADA H. NESTLÉ
 ALIMENTO COMPLETO PARA NIÑOS Y PERSONAS DEBILITADAS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1887 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
 DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
 VINO. de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 en las principales farmacias.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS
 y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo.
 EMPLEAR los SALICILATOS de VIVAS PÉREZ
 adoptados de R. O. por los Ministerios de Marina y de Guerra.
 LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS
 CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON
 PIDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS DEL MUNDO
 Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

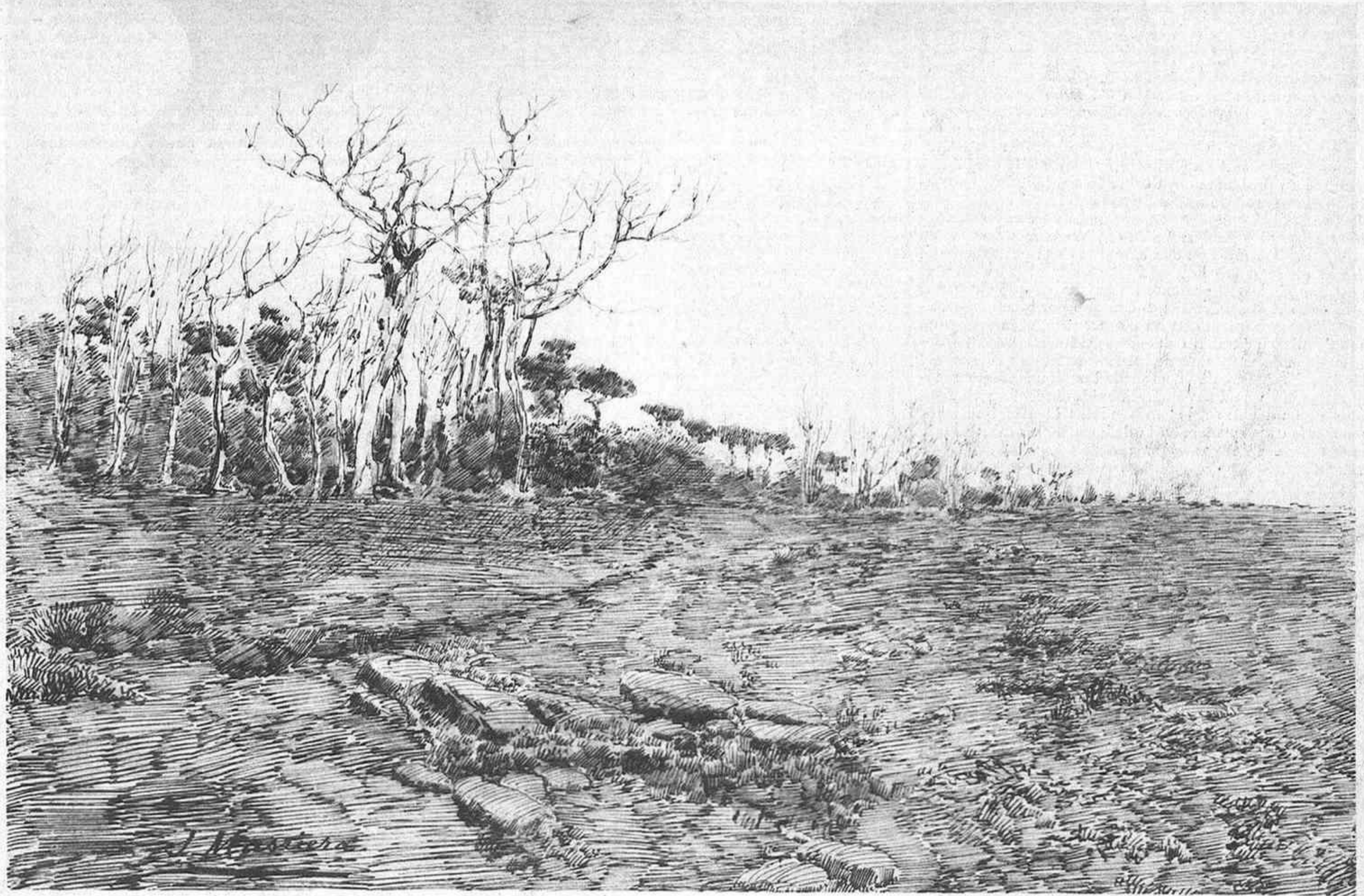
PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

AGUA LÉCHELLE
 HEMOSTATICA
 Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Otoño, dibujo original de José Masiera

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MÉDICOS.

DOS FÓRMULAS:

I - CARNE - QUINA

En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.

Estas dos fórmulas existen también bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

II - CARNE-QUINA-HIERRO

En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias. El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PANCREATINA DEFRESNE

POLVO Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris. PILDORAS DIGESTIVO el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los feculentos.

La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión. En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eruetos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CEREBRINA

REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS

Suprime los Cólicos periódicos

E. FOURNIER Farm^o 114, Rue de Provence, en PARIS

En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias

Desconfiar de las Imitaciones.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de Sⁿ-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria